



Dib. TONO.—Madrid.

—Por Dios, don Isidoro, conmigo no gaste usted etiquetas.

Ayuntamiento de Madrid

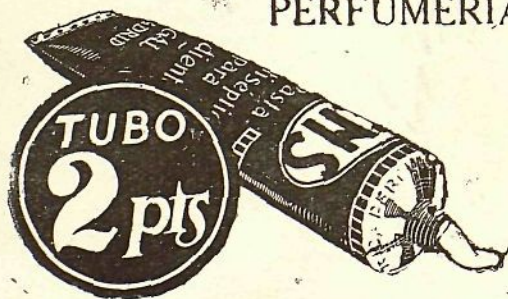
Las palabras
que perfuman

y se escuchan con más agrado, son las
que dicen quienes usan todos los días la

PASTA DENTS

ES una crema jabonosa, aromatizada
con menta dulce de primera ca-
lidad. Ni piedra pómez, ni jibia, ni
drogas de efecto dudoso o nocivo.
Limpia el esmalte dental con la suavi-
dad de una esponja, dejando resplan-
deciente la dentadura, sonrosadas las
encías y la boca fresca y perfumada.

PERFUMERÍA GAL. MADRID



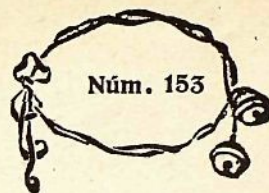
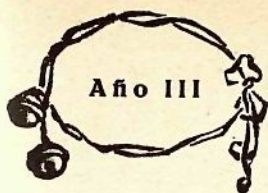
DESCONFÍE, USTED

de quien le ofrezca los productos de la Perfumería Gal
a precio más reducido. En todos los comercios de Espa-
ña, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios
que en nuestras tiendas al detall. Es lógico sospechar de
quien renuncia al modesto margen de utilidad en la venta.

fu
se
m
m
gl

cc
m
fu
ca
cu
ce
st
do
go
el
ta
tu
re
m
bu
ya
fo
tic
de

Ar
ta
su
de
las
lla
fin
da
At
foi
me
so
un
cic
a
vu
do
ria
ria
ta
sie
da
me
bre
ne:
es
80



LAS JUGARRETAS DE LA ARRENDATARIA



PROMETEO no ha fallecido; sigue encadenado a la roca de su tormento, y el buitre de la Arrendataria le roe implacablemente el hígado. Lo de menos en este martirio es el tabaco que fuma Prometeo. Hablar mal del tabaco sería ahora una de las vulgaridades más cursis. «Fumemos, alma, fumemos». «Fume, compadre...» «Humo las glorias de la vida son...», etc.

La Compañía Arrendataria de Tabacos, de antiguo, una empresa perfectamente respetable, organizada contra el fumador. No se ha constituido para sacarle el dinero de una manera lícita, lo cual, al amparo de las leyes, nos parece de perlas; lo peor es que aplica toda su diligencia en jugar con el consumidor sin satisfacer ninguno de sus regodeos. Y esto, mientras el fumador abone en el estanco el importe de los estupefacientes que fuma, merece un comentario. Un comentario, claro es, trivial, burlesco y sin hiel, porque ya hemos convenido todos los españoles en que la cuestión que más nos urge es la de pasar el rato...

Hace poco tiempo, Serrano Anguita publicó un artículo, tan ameno como todos los suyos, en el que se quejaba de que han desaparecido de las expendedurías las cajetillas habanas de sesenta céntimos, que él, y muchos ciudadanos más, consumen. Ahora nos toca a nosotros formular otra lamentación, no menos acibarada. Nosotros somos «el que suscribe» y un grupo de contortulios aficionados a jugar al tresillo y a pagar las «puestas», envueltos en la nube consoladora de una panetelita canaria. Estas panetelitas canarias, largas, leves, insubstanciales, inodoras y no siempre bien manufacturadas, cuestan cincuenta céntimos. Las fumamos los hombres abúlicos, sin convicciones ni rentas. Como España es tierra de irreflexivos y de somnolientos, las tales caje-

tillas parece que habían alcanzado bastante aceptación. Y aquí viene la tragedia. En cuanto la Arrendataria se percató de ello, puso en práctica su sistema de costumbre: no suministrar a los estancos más panetelitas. Así se fastidiaba el fumador, que es, según todas las apariencias, a lo que viene aspirando, entre cupón y cupón, la poderosa Compañía.

Los estancieros nos lo han dicho mil veces: en cuanto el público insinúa determinada preferencia por una marca, ya es sabido: no se le vuelve a expender más. Antaño, durante el gélido invierno, sucedía una cosa frecuente; muchos sibaritas buscábamos las cajetillas de Gijón, que estaban más secas que las de Madrid, y, con recomendaciones y pesquisas, las hallábamos. Pues bien: un día—la estilográfica tiem-

bla al consignarlo—, un día desaparecieron de todos los estancos de la villa y corte las combustibles, las populares cajetillas de Gijón. Otro tanto sucede hoy con algunas marcas cubanas y canarias y aun egipcias. La Arrendataria persiste en su misión de impedir que el fumador fume, ahogándose en la menor suma posible de cólera. He aquí implantado con terminante irreductibilidad el entretenido juego del ratón y el gato. ¿Que a un español le apetece tal clase de tabaco, por pésimo y presidiario que sea? Castígue-se con todo rigor semejante osadía. Mientras por un lado del juguete el consumidor asoma los labios, ávidos de toxinas, por el lado opuesto, la Arrendataria se esconde, preparando otra, cualquiera, la que más daño le cause, la que con más ira rechace el consumidor, la que dé cruento fin de sus bronquios, de su estómago, de su paciencia, de su candidez y de su docilidad.

La lucha entablada entre el cliente y el proveedor va, según referencias unánimes, agravándose. A la puerta de los estancos españoles los consumidores vemos, sobre los colores de la insignia nacional, el fatídico letrero que dice: «Lasciate ogni speranza, voi che'ntrate». Muchos son los que van por la vida dando empujones, soltando puñaladas, pisoteando cráneos, perfilando funambulerías tras la gloria, el dinero, la novia rica, el personaje influyente, la sinecura fértil, el negocio saneadito. Pero somos más los infelices sin talento ni hepatitis que jadeamos humildemente, con la mano en el bolsillo, en busca de unas panetelitas que no hacen mal a nadie más que al mismo que las consume. ¿No habrá nadie que se apiade de ellos, de nosotros? Llamamos la atención del Laboratorio Municipal, de la Sociedad Protectora de Animales, de la Junta de Calamidades públicas y del señor juez de guardia...



Dib. SILENO.—Madrid.

E. RAMIREZ ANGEL

HISTORIAS EXTRAVAGANTES

LOS AMORES ROTOS

Babiles, el inclito Babiles, que ya ha salido otras veces en las columnas de BUEN HUMOR, se nos ha presentado estos días con cierto aire tristón que no cuadra bien con su cara y aspecto de pájaro bobo, pero pájaro alegre y confiado.

—Querido amigo—le hemos dicho—, ábreos tu pecho, si no tienes temores de enfriamiento interior, y si lo tienes no nos abras ni la camiseta. ¿Te has quedado sin dinero?

—No tengo nada.

—¿Cómo, ni un céntimo?

—No me refiero al vil metal al decir que no tengo nada, sino a los disgustos que suponéis. Alguna contrariedad y *voilà tout*.

No obstante esta negativa bilingüe, Babiles da la impresión de que algo le corroe, le atropella, le ensucia, le molesta, le entorpece—¡oh, riqueza de

lenguaje!—su cortísimo pensamiento; porque Babiles, puesto a discurrir, se queda a bastante distancia del difunto Séneca. ¡Pero es tan buenazo!...

Por fin, anoche mismo nos lo ha confesado todo. Ha roto sus relaciones con su amiga, una hermosa bestia que le trafa y llevaba como a un zarandillo.

—Pues debes estar contento y satisfecho—le opusimos.

—Es que ha sido una tragedia el último acto de nuestras relaciones.

Comprendimos que había llegado para nuestro amigo el terrible momento de las confesiones dolorosas, y antes de que éstas comenzasen, nos apresuramos a que el criado nos sirviera otra copa de chartreuse. Será una preocupación, pero tenemos el convencimiento de que las penas se mitigan ante el licor de los reverendos Padres,

a los que saludamos respetuosamente.

—¿Una tragedia, Babiles? Entendámonos. ¿Qué entiendes por tragedia, moderno Sófocles?

—Verás. Este chartreuse es delicioso. ¡Oh, qué tragos más amargos!

—¿Los del licor?

—No, los de la vida. Verás cómo fué. Habíamos estado unos cuantos en los toros, y para darle algún interés a la fiesta, porque no me negarás que es monótona...

—Yo no te niego nada, querido Babiles, mientras no sea dinero lo que pidas. Adelante. Habíamos quedado en que la nacional fiesta no tiene interés.

—Y nosotros, para dárselo, establecimos apuestas con los caballos. Yo gané porque mi apuesta era que el quinto toro despanzurcaría a tres jarmelgos, y hubo hasta la elocuente prueba de que el bandullo de uno de ellos saltó al tendido, manchándonos.

—Es interesantísimo eso que relatas; pero la tragedia...

—A eso voy. Con el dinero ganado en las apuestas, y después de habernos lavado convenientemente, porque, chico, aquellas interioridades del caballo...

—Babiles, suprime esos detalles no del todo limpios.

—Nos fuimos a cenar, vino ella, ¡jella!, y la cena comenzó alegremente, como corresponde a gente que está contenta y tiene buen apetito. No sé quién habló del agua oxigenada, asunto que no es para ofender a nadie; pero parece ser que ella, ¡jella!, lo tomó como envuelta alusión a la rubicundez de sus cabellos, y, ¡chico!, el delirio y la desesperación de Espronceda por una perra gorda.

Llegábamos al momento doloroso y nuestro pobre amigo hacía verdaderos esfuerzos para poder continuar tranquilo durante el relato de lo que vivaba sus tristes recuerdos, tanto que, compadecidos de su situación, preferimos cortar la escena.

—No sigas, Babiles, que no queremos ahondar en la herida...

Gracias; tú me comprendes porque eres un verdadero amigo.

—¿Y has sentido mucho el separarte de ella?

—¿De quién?

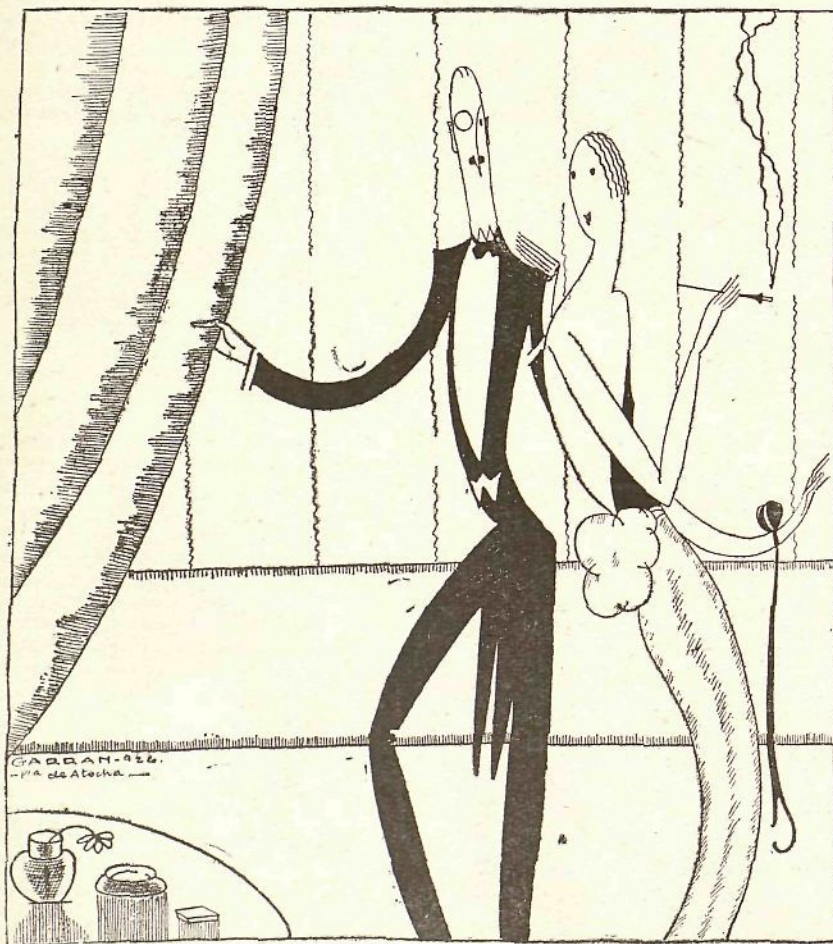
—De ella, de tu amiga.

—Ni pizca. Que la den dos duros.

—Entonces, ¿cuál es la tragedia?

—¡Ah! ¿pero no lo has comprendido todavía? Que la bronca de ruptura surgió antes de terminar la cena y me quedé sin tomar el queso. Te digo que las mujeres no traen más que disgustos...

A. R. BONNAT



Dib. GARRÁN.—Madrid.

—¡Ay, Polín! Mi hermano está en cama con la misma enfermedad que tuvo usted el año pasado.

—¡Pues de ese mal salen pocos, y el que sale se queda imbécil!



Dib. BARBRO.—Madrid.

—;Doncella negra! ¡Chica, qué lujo!
 —No lo creas; es economía. Las blancas me estaban arruinando. ¿Tú sabes el gasto que hacíamos de polvos y crema para el cutis?

EL COLEGIO DE CHUFLAINEZ

(1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA)

Me dijeron que aquella mañana eran los exámenes, los solemnes exámenes de fin de curso, y como en estas cosas siempre se aprende algo y el acto era público, me dejé caer por allí.

La sala, entre alumnos y espectadores, estaba casi llena. Naturalmente, todos eran vecinos del barrio, caras conocidas. En las últimas filas de sillas, donde yo estaba, se veía al señor Rafael, el prendero; el de las cocheras de enfrente al colegio; el herbolario de la esquina; la zapatera y sus hijas; Pepa, la cacharrera... En los bancos de delante, inquietos, haciéndose disimuladas muecas, estaban los chicos, que bajo la encantadora mirada de sus padres, iban a sufrir el temido examen.

Comenzó la ceremonia. El señor Chufainez, vestido de pontifical como es de rigor en semejante día, hizo sonar una campanilla y llamó al primer alumno de la lista:

—Señor López.

—Servidor.

—A ver cómo se porta usted. ¿Qué es Historia?

—¿Historia?—repite el muchacho con la misma cara que si le hablasen de la luna.

—Sí, señor. ¿No sabe usted lo que es Historia?

—¡Ah!... Historia... es... es un libro que explica cosas... y guerras.

—¿Quién fué Pelayo?

—Un hombre muy valiente.

—¿Cómo lo demostró?

—Matando a muchas personas...

El maestro arruga la nariz y cambia de tema.

—¿Dónde está América?

—¿América?... En la Habana.

—¿Quién la descubrió?

—Los marineros.

—¿No fué principalmente uno que se llamaba Colón?

—Sí, señor.

—¿Qué era Colón?

—Una estatua.

—Lo que usted querrá decir es que Madrid le erigió una estatua para honrar su memoria. ¿No es eso?

—Eso mismo.

—Muy bien... Ahora, vaya usted a la pizarra y escriba.

El alumno agarra la tiza y mira al maestro.

—Ponga usted: *El hombre...*

López escribe:

—*El ombre...*

—¿Por qué no pone usted una hache?

—No me acordaba.

Y borrando con prontitud lo escrito, pone:

—*He lombre...*

Viendo que la cosa se enreda 'por momentos, el señor Chufainez se muerde los labios y, cortando el exa-

men en seco, invita a López a que se siente, y dice a continuación:

—Señor Pérez.

No fué mucho más brillante la prueba del alumno Pérez, que la del último López. Pérez nos dijo que lo que separaba a España de África eran los Pirineos, que el río más importante de Galicia era el Tajo, que la capital de Italia era Mussolini, y que el agua que cae cuando llueve se forma en los días lluviosos.

Después de Pérez, vino González, a continuación Martínez, en seguida Rodríguez, y así, uno a uno, todos los alumnos del señor Chufainez pasaron por las horcas caudinas del reglamentario interrogatorio, demostrando—dicho sea entre nosotros—que el que no era digno de tirar de un carro, era merecedor de una cincha.

Yo estaba asustado.—¿Cómo acabará esto?—me preguntaba a mí mismo, tan asombrado del atraso de las pobres criaturas como del aplomo del maestro que, conocedor como debía ser del estado intelectual de sus discípulos, se atrevía a someterlos a aquella mojiganga de exámenes.

Pronto iba a saber el desenlace.

Preguntados ya todos los chicos, y después de un breve intermedio, durante el cual padres y madres se entre tuvieron mirando embelesados las muestras caligráficas que los alumnos habían hecho precisamente para aquel día, se reanudó la ceremonia, compartiendo el señor Chufainez con un montón de diplomas llenos de colores y sentándose con mucha majestad en la presidencia.

—Señores—dijo el dignísimo maestro, dejando caer lentamente las palabras, como si quisiera hacerlas aprender de memoria a los padres—: va a procederse al reparto de notas que los alumnos, por su saber y aplicación, han merecido.

Y sin perder un momento su aire de gravedad, comenzó a decir nombres y a repartir diplomas:

—Señor López..., sobresaliente.

Señor Pérez, sobresaliente.

Señor González, sobresaliente.

Señor Martínez, sobresaliente.

Señor Rodríguez, sobresaliente...

Y así, sucesivamente, hasta terminar la lista. Tantos sobresalientes como alumnos.

De seguro que si hubiese podido hablar a solas con el señor Chufainez, éste me habría dicho:

—¿Qué quiere usted que haga?... No me queda más remedio que arreglarlo así. Si no les diese *sobresalientes*, las familias saldrían disgustadas y no me traerían los chicos el año próximo. De esta forma, todo el mundo queda contento y yo puedo ir tirando...

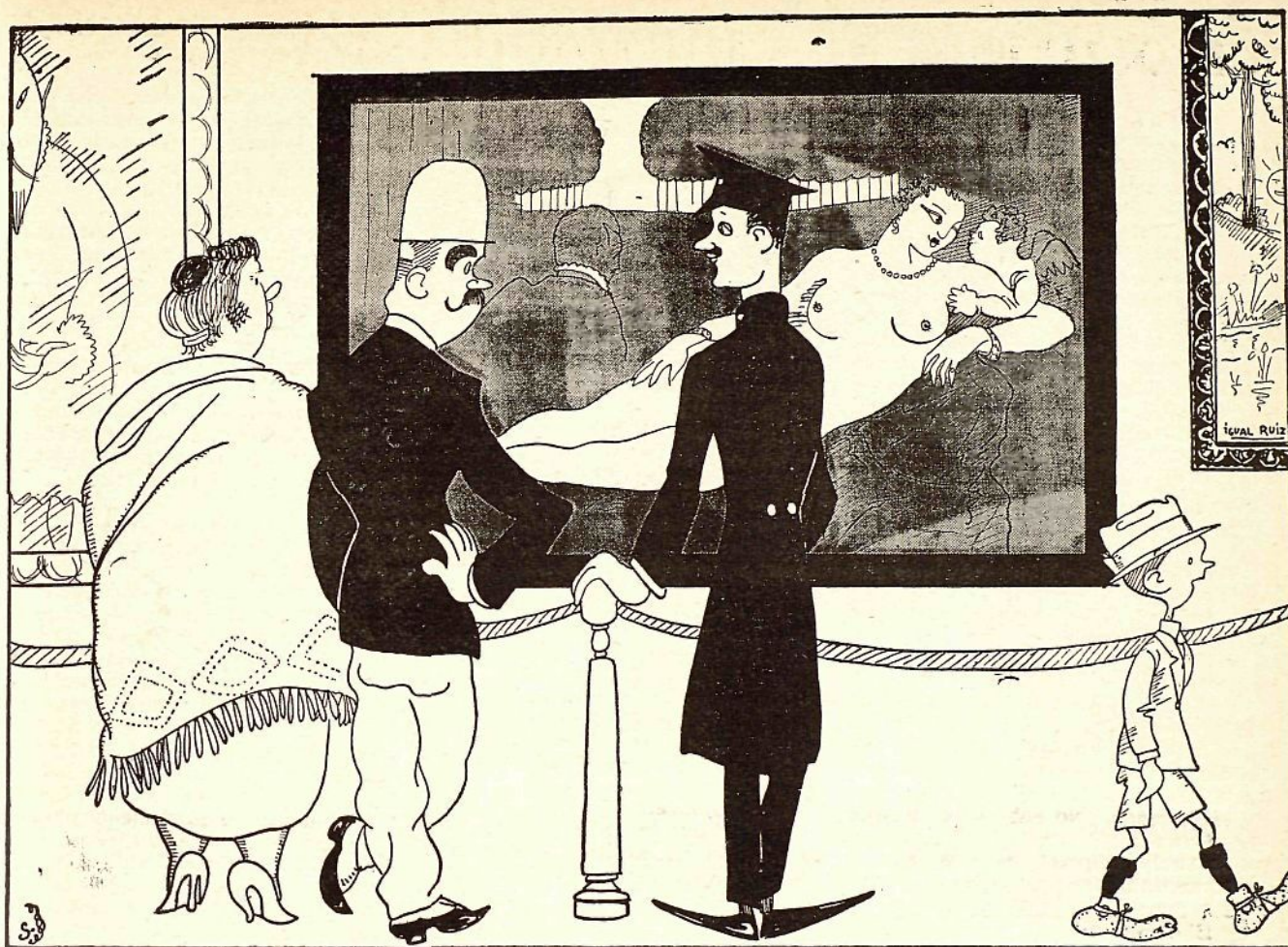
¡Y hay tantos colegios Chufainez en España!...

VICENTE VEGA



Dib. ALFARAZ.
Madrid.

—¡Mira, chico: no te arrimes mucho no te vaya a dar una cox; pues dice el señorito que hay dentro cuarenta caballos!...



EN EL MUSEO DEL PRADO

Dib. SAMA.—Madrid.

MIGUEL.—Este es un Tiziano.

EL SEÑOR BERNABÉ.—¡Arreal! ¡Pues parece una señora!...

OTOÑAL

LAMENTACIÓN CASI MODERNISTA

Otoño... Cielo plumizo;
tierra parda y amarilla;
nubes color de morcilla
y hojas color de chorizo.

Pasionarias, crisantemos,
viento, niebla, frío, lluvia....
Detrás de una niña rubia
van cinco o seis niños memos...

Cruza por la Castellana,
ruidoso y veloz, un coche;
apagado, si es de noche,
con luz, si es por la mañana.

Su porra un guardia desforra
y el chófer sonrío y vase.
(Que es como si le mandase
tranquilamente a la porra).

En la calle de Alcalá
falta anchura o sobra gente
y se ve continuamente
cada socia, que ya, ya...

Otoño... tristes recuerdos,
dulces preces, suaves llores.
Se deja de matar toros
y se empieza a matar cerdos.

Las humildes castañeras
sacan sus pardos anafres,
y juegan algunos cafres
al fútbol en las aceras.

Vuelven con su negro mes
las almas del Purgatorio
y vuelve don Juan Tenorio
a dar coba a doña Inés.

En el cine, son contadas,
muy contadas, las sesiones
en las que algunos guasones
no salen a bofetadas.

(Por supuesto, no me extraño
de ese manejo otoñal,
porque exactamente igual
sucede el resto del año.)

Otoño... Sombras, relente,
niebla, lluvia, frío, viento,
soledad, aburrimiento...
Y así sucesivamente.

MARCIANO ZURITA

Octubre, 924.

EXTRAÑAS RECEPCIONES

En todos los periódicos, y como si hubiesen llegado dos embajadores del mundo, aparecen indistintamente, antes o después, los anuncios de la llegada y recepción de dos caballeros fantásticos.

El primero dice:
«Tenemos el gusto de comuni-



car al público, que acaba de llegar, y se hospeda en el gran hotel de los emperadores, el eminente ortopédico doctor Winsor.

Las recepciones del doctor Winsor habrán de celebrarse de cuatro a ocho de la noche, esperando que esté muy concurrida su consulta, pues sabido es que el doctor Winsor cuenta con numerosos amigos y admiradores.»

El otro está redactado en términos muy parecidos:

«Acaba de llegar a la corte, y se hospeda en el Hotel de las Naciones reunidas, el doctor Nansan, tan conocido por la célebre fábrica de corsés que tiene en París, la única en que, sin perder de vista la belleza de las líneas, se tiene en cuenta la higiene de la anatomía.

El doctor Nansan no va a estar en Madrid más de cinco o seis días, pues le esperan en todas las ciudades del Mediodía.

La hora de sus recepciones será de cinco a nueve de la noche.»

Y los dos doctores, después de lanzar sus anuncios, se preparan, comen bien, toman una buena taza de café, purean y meten el puro en la copita de coñac, se asean, se perfuman, se afeitan con una hoja nueva de Gillette y se ponen sus chaquets de palomos.

El gran ortopédico u «ortopeda», como le llama en confianza un primo suyo, coloca todos los productos teratológicos con que viaja encima de su gran mesa y espera la llegada de sus clientes.

La recepción es macabra. Paga diez pesetas más que los demás huéspedes por poderla celebrar, y nunca discute las cuentas que le presentan en atención a que aquello se convierta en un dispensario de deformaciones.

El doctor Winsor tiene que apoyarse en la mesa porque las piernas le flaquean. Ni él mismo sospechaba ese ser que viene a verle, pero a todos les saluda como amigos, a quienes reconoce y cuya compostura puede intentar. Parece que va entrando uno de aquellos abecedarios en que para hacer todas las letras con figuras humanas el artista ha llegado a aberraciones y retorcimientos inadmisibles.

—Señora, que lleva al niño del revés—dice el doctor.

—No—le contesta ella—; es que no tiene otra postura.

El doctor Nansan, especialista en corsés, tiene una recepción halagüeña. Las señoras procuran esquivarse unas de otras mientras esperan que la que es medida permanezca detrás del biombo.

El doctor Nansan parece que toma medida para hacer a la señora un cuerpo nuevo con intestinos, hígado y riñones sin estrenar. Toma tan seriamente las medidas, y él tiene un tipo tan doctoral, que no se puede creer que tome medidas para un corsé.

—Pobrecita!—dice como no pudiendo aguantar su conmiseración al ver el corsé de algunas de aquellas mujeres. El parece que va a arreglar aquello aliviando a la martirizada.

Las señoras de la recepción suelen ser señoras de busto opulento que necesitan un arquitecto para sostener bien su línea, señoras que hablan como con caja de resonancia, y que se dicen unas a otras:

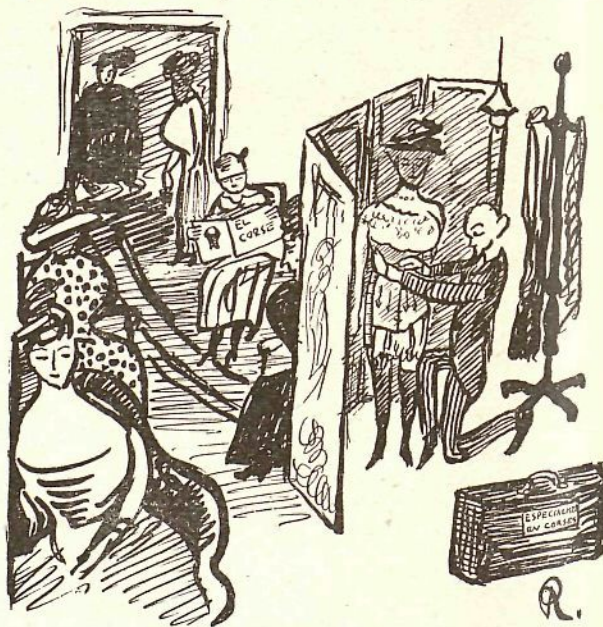
—Según dicen, parece que hace maravillas.

Alguna viene un poco cohibida y se pasa una hora mirando una página de revista de inmovilizada que está y de dormidos que tiene los músculos tensores por el azoramiento. No piensa más que en la frase esculpativa: «Si en vez de un doctor fuese sólo un corsetero, ya sería otra cosa... Pero ante un doctor hay que prestarse siempre a la auscultación.»

Solo alguna vez, arrodillado, y sin dejar de hacer el catastro personal, dice galanterías como ésta:

«Debía de haber otro sistema de metro para las personas. Así parece que se toma medida de una persiana más que de un corsé. Me tiene que perdonar la señora.»

Y todas esas señoras que han asistido a la recepción del doctor Nansan reciben a los pocos meses una cajita de París, por la que la aduana pide una terrible cantidad. Al principio no caen en qué pueda ser. «¿Será otro herma-



nito?», dice el niño pequeño al saber que el bulto viene de París, pero la madre lo abre y desenrolla, como si fuese un papirus, un corsé rosa en pleno paroxismo rosáceo.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

UN ARTICULO DE MANOLA ROSALES

≡ ILUSTRADO POR ELLA MISMA ≡



Manola Rosales, la genuina representante del cuplé madrileño, ha reaparecido, con gran éxito, tras unos años de alejamiento de la escena.

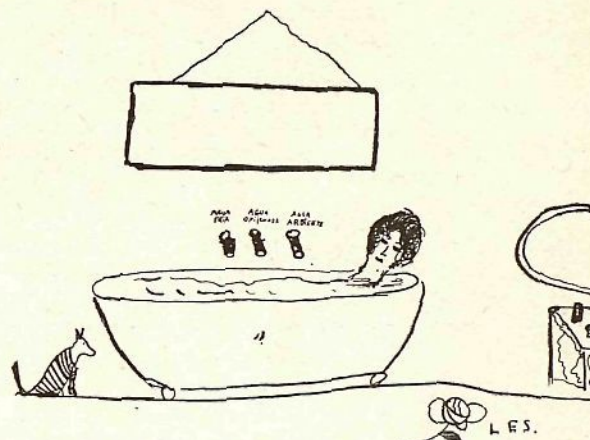
Su repertorio es puramente humorístico; no nos canta penas, ni desdenes; ella misma lo dice bien claro en su presentación que reproducimos.

Respetable público: Permitidme unas palabras de autopresentación. Yo soy la Balbina, aquella chica que vivía en Colón, 34, la del suicidio; ustedes recordarán el suicidio de la Balbina.

Pues aquí me tienen ustedes otra vez a cantarles unos cuplés. ¡Pero no se alarmen! No pienso meterles el corazón en un puño. Yo no les contaré tragedias, yo no tengo novio alguno en el penal, yo no soy flor vencida, por mí no ha perdido la vida «un caballero español». Tampoco soy la pebeta del arrabal que un *malevo* hace rodar por el fango del conventillo y que termina su vida en el hospital después de soltarse el pelo en el Maipú.

No les hablaré de la *Cocó* ni de mi *pingo*, como no sea en broma.

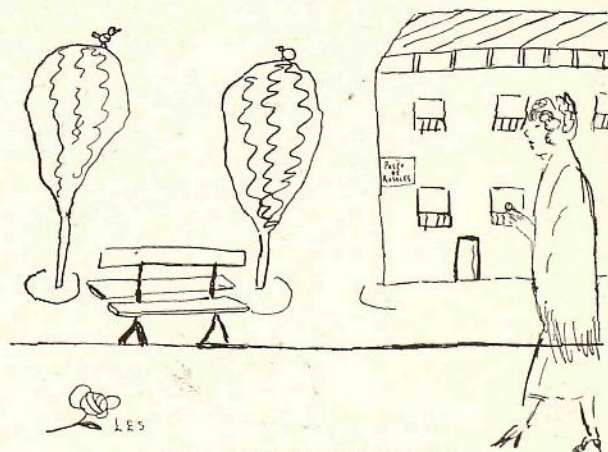
A mí, mis amigos no me han llamado nunca loca y tampoco soy la novia del soldado aragonés, que antes de irse a la guerra canta tres jotas, diciendo que si va a hacer o dejar de hacer...



EN MI BAÑO

Yo soy una buena muchacha y vengo por las buenas, y si, a pesar de eso, no os gusto, pues les suplico que me lo digan, pero no ahora, porque soy cardíaca, por escrito; bastará con que me pongan una postal diciéndome: «Rosales, ¿porqué no se dedica usted a escribir a máquina o a montar en bicicleta? ¡También es bonito!» Y yo comprenderé la indirecta y... tan amigos.

Por lo que haya gastado en el *debut*, no dejen de hacerlo, las toaletas son sencillitas, las alhajas (lleva un collar de



INGRESANDO DINERO EN EL BANCO

cacahués) las puede vender en un cine a cinco el bote y el decorado me lo ha prestado Esteso.

Además:

Yo no me llamo Estercita,
ni atiende por la Margot.

Me llamo Paca González,
pa servir a ustés y a Dios.

(Se retira después de haber dicho adiós.)

MANOLA ROSALES

INTERMEDIO PSEUDOCÓMICO

UNA CONFIDENCIA Y UNAS CARTAS

La empresa de BUEN HUMOR, con una pertinacia que raya en la pesadez y con un interés que se asemeja a la usura, se ha empeñado en que un modesto y débil servidor de ustedes escriba todas las semanas en esta preciosa y encantadora revista, sin tener en cuenta las siguientes consideraciones:

1.^a Que yo no le voy a agradecer sus buenos deseos, porque soy un egoísta infame y pútrido que creo que me lo merezco todo, aunque quizás por eso la gente me da lo menos que puede. Y aunque BUEN HUMOR me da más, me da lo mismo. ¡Esto es un lío, pero yo no lo sé decir de otra manera, y gracias que lo diga de ésta!...

2.^a Que los lectores de este ancestral semanario están de mí hasta el pelo, con excepción de los clérigos

que están hasta la coronilla, de los guardias de más o menos seguridad que están hasta el casco y de algunos poetas futuristas que están hasta los dos cascos.

3.^a Que hay algunos lectores que se están ya enfadando conmigo por mi inmoderado afán de tomarle el cabello al Gallo, decirle cosas feas a Bergamín (o sea cosas tocayas suyas), sacarle punta a Edmond de Bries y cortarle trajes a don Valeriano Weyler, aunque creo que esto último es meritorio en alto grado y digno del mayor agradecimiento, porque estoy seguro de que soy yo sólo el que lo verifica, y don Valeriano está todavía más seguro que yo; y

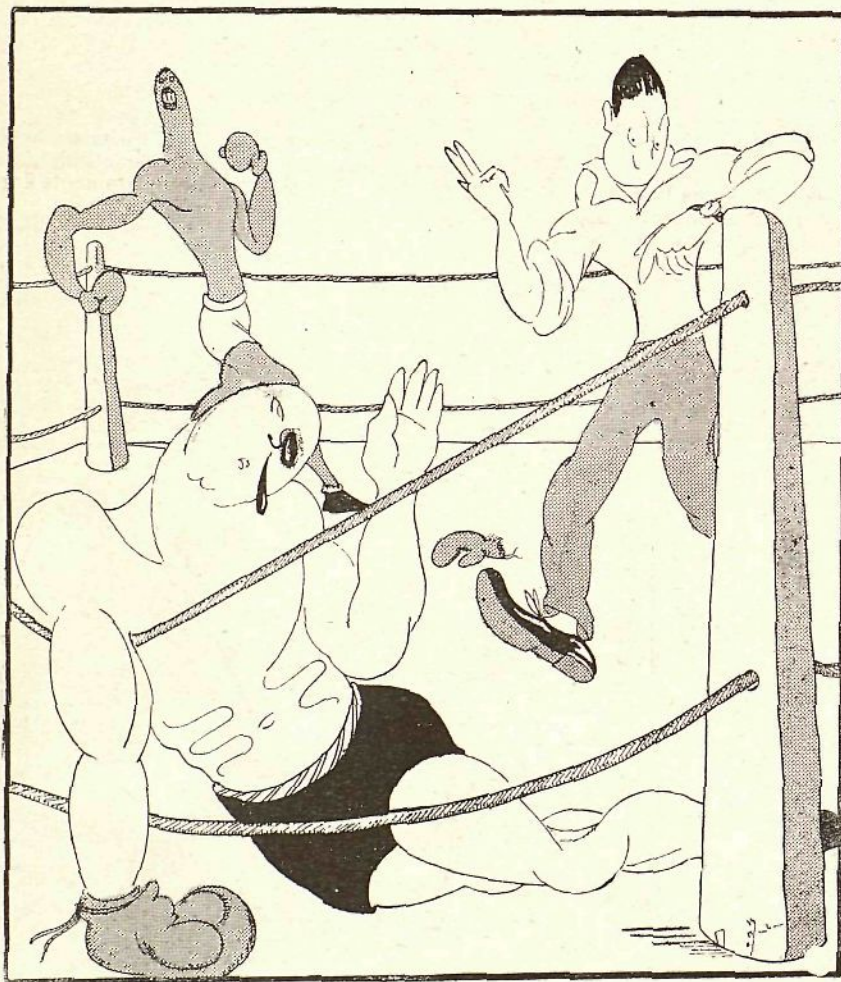
4.^a Que ni la Estética, ni la Gramática, ni la Historia, ni la Enciclopedia,

ni la Literatura, ni el honor de España ganan lo que se dice nada con que mi suave y sedosa pluma vierta continuamente un aluvión de mentecateces que no sirven para maldita de Dios la cosa, aparte de que escribiendo barbaridades espasmódicas no crean ustedes que yo gano mucho más que la Estética, la Gramática, la Enciclopedia, etcétera, etc.; pongan ustedes unos céntimos (que yo me los llevaré en seguida sin rubor ninguno) y ya está bien. ¡Y gracias de todo corazón!

Con las consideraciones precedentes creo que basta para poder decir y sostener *urbi et orbe, coram populo y dominus vobiscum* que no hay ninguna apremiante necesidad de que yo disparete consuetudinariamente en estas columnas, exacerbe dolores de cabeza respetabilísimos e irrite vísceras de mi mayor aprecio. Creo que porque yo me pase una semana, o doce meses, o ciento veintitrés años sin escribir, no va a suceder nada triste ni amargo ni digno de que lo cuenten los periódicos sesudos en sus artículos de sesudísimo fondo y de prosa sesuda... o no sesuda (y digo esto, porque ya no estamos en verano).

Por tanto, he resuelto por mí y ante mí, y sobre todo por ustedes y ante ustedes, y detrás de ustedes también, no descargarles esta semana la monserga de costumbre y librarles del tormento de mis párrafos fatídicos y de la tormenta de mis chistes valetudinarios e inopiales. Ahora bien: por desgracia para ustedes, el director de este elegante hebdomadario, apenas adoptada mi resolución de descansar y de descansar a mis escasos lectores, ha osado conminarme con severas represalias y con catacumbicas amenazas si yo persistía en la demencia de no escribir o como se llame a lo que yo hago, que a punto fijo no sé el nombre, aunque adivino que es muy feo. Entonces he determinado hacer una cosa que consiste en dar gusto al director enfurecido, sin necesidad de torturar mi reducido magín. Voy a sacar a la vergüenza pública unas cartas que, aprovechando el descanso que me había yo concedido a mí mismo, escribí anteayer con destino a ciertas personas a las cuales creí necesitadas de mi consejo, completamente valioso y desinteresado, en vista de algunos actos algo neurasténicos que he sabido que van a realizar, que están realizando o que ya han cometido la locura de realizarlos, sin encomendarse a Dios ni hasta luego.

Las cartas, cuyo original de mi puño y letra pueden ustedes ver en mi casa si me hacen la ofensa de dudar de mí, son las siguientes:



Dib. MHA.—Madrid.

—¡Señor árbitro, que me saquen del Rin que me ahogo!...

Señor don Fulano Trostky. Moscú.

Muy señor mío y soviético compañero: Espantado y absorto me acaba de dejar la noticia que he leído en un periódico de Madrid, según la cual se va a instalar la calefacción en el mausoleo del que fué íntimo amigo de usted, y hoy ya no lo es ni de usted ni mío ni de nadie, señor Lenin.

Protesto enérgicamente de ese gasto inútil de carbón, primero porque aunque no dude de que lo merece el que armó en Rusia el cisco más grande del mundo, me parece una falta de respeto tener en brasas a un difunto.

Usted debe saber, porque para eso es usted listo (o se lo cree la gente), que cuando muere una persona, es proverbial que se acabó el carbón. Burla incua es hacer lo contrario; y prueba de poco valor esperar a que fallezca un hombre, a quien uno no se ha atrevido a darle un cachete en vida, para calentarle los huesos después de muerto. No me convencerá usted por numerosas que sean las razones de índole científica que me aduzca en pro de su disparatada y desmedida medida.

Además, los escritores hemos determinado que la tumba es fría, el sepulcro helado y el mausoleo yerto. ¿Qué es eso de convertir la tumba en sofocante, el sepulcro en tropical y el mausoleo en ardoroso?

Eso es tanto como quemar a un difunto, hazaña que como usted sabe sólo es exclusiva de nuestro común amigo, don Satanás Rodríguez, que no tendrá nada de particular que le demande a usted por plagio y le arme un escándalo de dos mil demonios.

Por si esta carta puede evitar que se le suban a usted los humos y conseguir que deje usted la calefacción para los vivos (entre los que es usted el número uno), se la envío a usted por mediación de mi correligionario Angel Pestaña, que es otro vivo, y que yo deseo que lo siga siendo todo el tiempo que le convenga.

Muy suyo, etc., etc...

Señorita doña Loreto Prado. Teatro Regio de la Lafina. Madrid.

Admirable, graciosísima y joven amiga: Con acerbo dolor y algo de llanto he acogido la extrema resolución de usted y de su tierno compañero artístico Enrique Chicote, de poner en escena *Don Juan Tenorio*, reservándose los papeles (mojados) de Brígida y Ciutti.

Esto no está bien. Si tratan ustedes de dar una nota cómica y de hacer una cosa graciosa, estimo que hubiera sido muchísimo más divertido que usted hubiera hecho de Doña Inés del alma mía y Chicote de Don Juan. Ya sé yo que el gran don Enrique no quiere hacer con usted de Tenorio ni en bro-

ma, por las funestas consecuencias que pudiera tener para los dos el llevar a cabo la escena del sofá. También sé que no se ha hecho eso por no haber podido encontrar entre los actores más viejos de España y del extranjero, dos caballeros que pudieran hacer de Don Diego y de Don Gonzalo, o sea de padres de ustedes, y convencer a la gente de que ustedes podían tener los padres vivos a la edad de plenitud y madurez a que han llegado por fortuna, pues esto haría que Don Gonzalo no sólo le hiciese reír a Don Juan sino a todo el mundo. Y también sé que no se determina Chicote a hacer el papel de Tenorio por temor de no poder matar a Mejía de una estocada, a causa de lo deficientemente que domina la esgrima, no obstante venir cultivándola desde que perdimos las colonias o quizás un poco antes, cuando todavía podíamos perfumarnos con ellas.

Creo usted que lamento de veras no verla a usted de novicia y raptada por Chicote. Yo hubiera dado mi dinero con mucho gusto porque Enrique la llevase a usted a la quinta del Guadalquivir y porque la hiciese a usted el amor un ratito y en verso. Eso me habría producido la ilusión de que al fin comenzaba usted a ser feliz y yo hubiera llorado de alegría en vez de gemir de dolor como estoy gimiendo al escribir estas líneas.

Beso sus pies y deploro las amargas ironías del destino, etc., etc...

Señorita doña Consuelo Portela. Madrid.

Amiga *Chelito*:

Me he enterado, con inmensa contrariedad, de que el otro día se cayó us-

ted por la escalera de su hotel, aunque afortunadamente no se produjo ningún daño.

La molesto con esta carta para pedirle un señalado favor: para una estadística que estoy haciendo, me interesaría mucho que usted me dijese qué número hace esta caída entre las varias que usted ha sufrido.

Si el número cabe en una carta de cuatro carillas la agradeceré me lo envíe por correo. Sino es así, mandaré un mozo a recoger los paquetes de papel que usted haya empleado para copiármelo.

Agradecidísimo y a la recíproca, etcétera, etcétera...

Señor conde de Romanones. Madrid-París.—Guadalajara.

Respetable señor mío:

Acabo de leer su libro, magníficamente encuadernado, en el que habla usted de las responsabilidades de los hombres del antiguo régimen.

Me gusta, primero por la pasta de la encuadernación y segundo, y esto es lo menos importante, por lo que dice usted en él.

No obstante, debo hacer constar una cosa: es cierto que el libro tiene buena pasta, pero reconocerá usted que tienen mejor pasta los que se lo han leído.

Que la tienen completamente flora.

Yo, que soy uno de ellos, le confieso a usted que estoy hecho cisco de retama desde el día que lo hojeé.

ERNESTO POLO



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

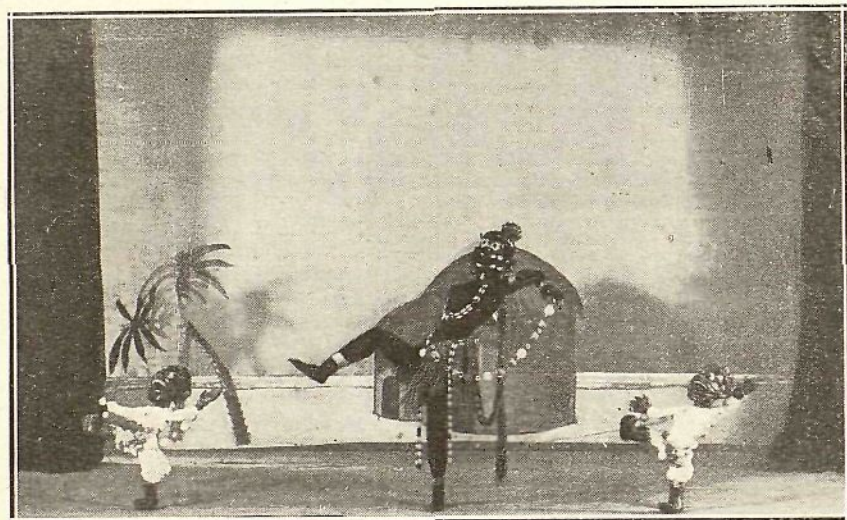
—¡Chavó con los pies der zeñorito, que parecen dos nasarenos de la Exaltación!...

EL TEATRO

Es, ante todo, un espectáculo de arte, de los pocos que de esta clase se nos ofrecen en muchos años, y es, sobre todo, un espectáculo de humor, del más fino, del más delicioso humor.

Las viejas marionetas que recorrían desperdigadas los teatros de Italia se reunieron todas y formaron una gran compañía. Fué el mismo año en que los hombres, más brutos que los muñecos, hicieron la guerra europea. No hemos buscado la relación—ella sola se ofrece y nos ofrece también la consecuencia de que el día que los hombres lleguen a comprender estos espectáculos y a gozarlos por entero, ya no harán más guerras, ni serán necios, crueles, prácticos y vengativos. La Humanidad sólo se salvará por el arte y por el humor. El tiempo—¿cuánto tiempo?—nos dará la razón.

Hizo el milagro de reunir a las marionetas y a los que hacían el milagro de moverlas y



«SALOMÉ», FOX-TROT NEGRO. UNA DE LAS ATRACCIONES

hacerlas sentir, un artista prodigioso, que hoy las dirige: Vittorio Podrecca. Del muñeco clásico («muy antiguo y muy moderno»), hizo ya un refinado artista.

La música nueva, el color nuevo, la idea nueva avaloran el primitivo encanto del muñeco que se mueve de una manera portentosa y que hace reír, que siempre hace reír.

En su misma pureza, sin nada que estorbe, sin nada que adúltere, estos actores de madera lo hacen todo y todo lo hacen bien.

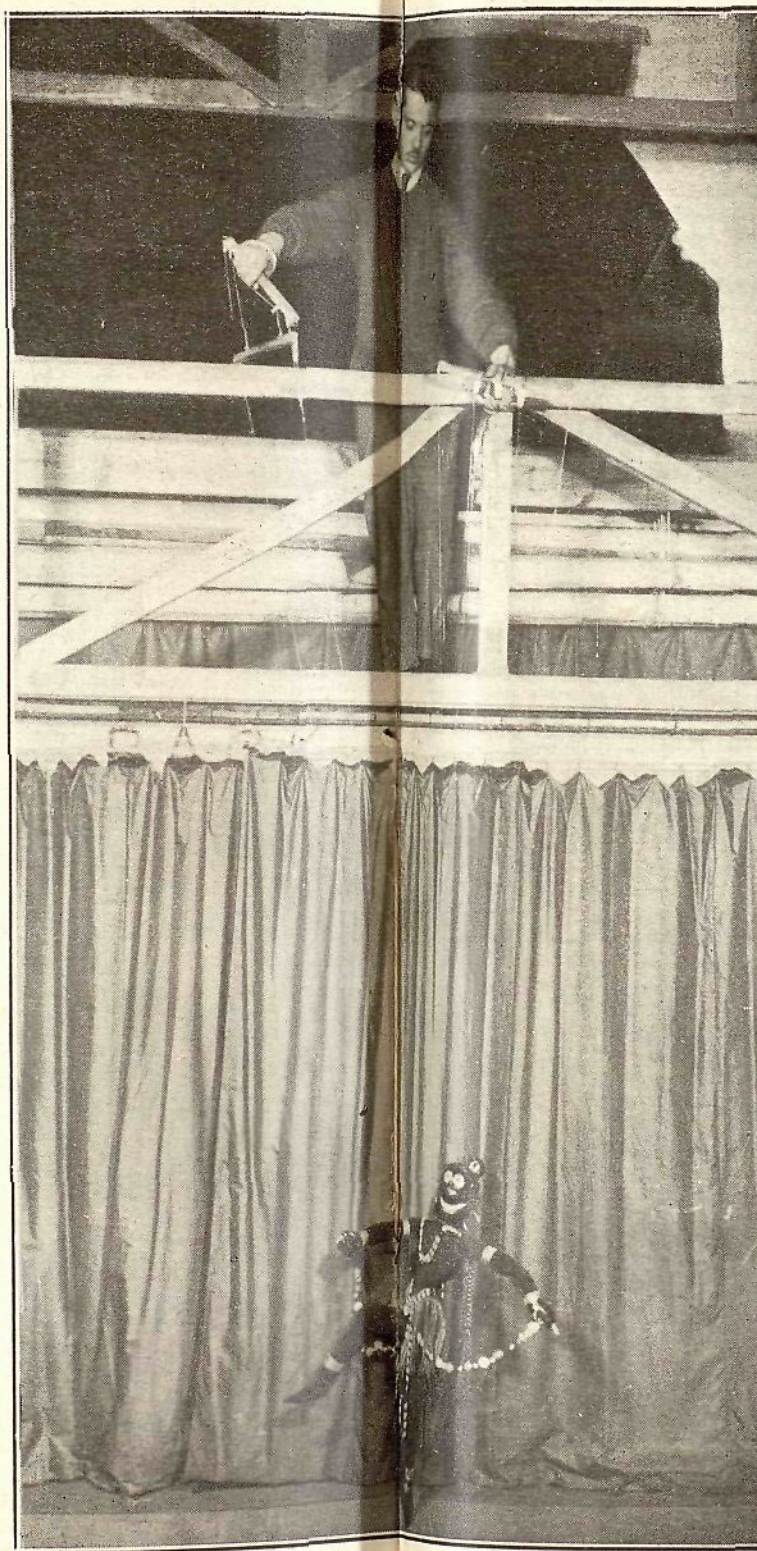
El que vea moverse uno de estos actores, no lo olvidará nunca.

¿Para niños? Precisamente todo el arte puro, el arte nuevo, tiene la ventaja de su sencillez, y por eso los niños lo comprenden y lo comprenden los hombres. Unos, porque no han llegado aún a conocer lo falso, lo retorcido, lo insincero, lo artificioso, y otros, porque hemos saltado por encima de ello y empezamos a comprender. Donde nos encontremos con los niños, ahí está el arte. Ahí nos encontraremos todos.

Pero, sobre todo, en el «Teatro dei Piccoli», se ríe porque allí todo es la caricatura de todo. Simplificada la escena, simplificado el color y la línea, la coupletista es la caricatura de la coupletista, y el clown es la caricatura del clown, como el tenor siempre es una caricatura de tenor y la bailarina una caricatura de bailarina. Algunas veces, las caricaturas son caricaturas de sí mismas. Risas de chicos («dei Piccoli») y risas de hombres. Los muñecos del «signore Podrecca» fabrican toda clase de risas, las hacen ellos y las lanzan rodando, chocándose, por la sala del teatro, sobre las cabezas de los espectadores.

Siempre hacen reír, pero con una risa recta y espontánea.

Los principales artistas italianos (Pompei, Vanuncci, Rovescalli, Vittorio, Garsi, etc.), maestros en el arte de la decoración, montan los escenarios de una manera mara-



TODOS EL SECRETO DE LAS MARIONETAS

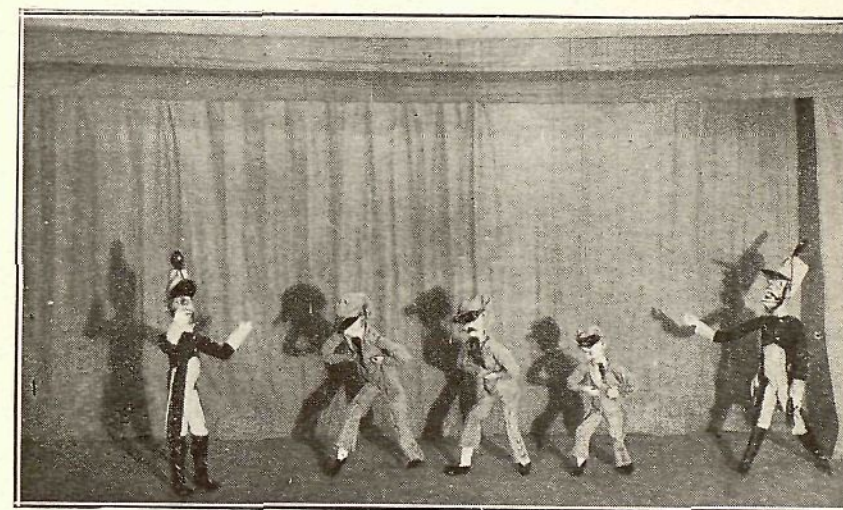
DEI PICCOLI

villosamente simple y decorativa. Dentro de estos escenarios, los muñecos, vestidos con la mayor elegancia de la muñequería, hacen de todo: circo, varietés, comedias, óperas, magias...

Massenet, la cuerda floja; Shakespeare, Perrault, Rossini, un fox-negro; los ratas de *La Gran Vía*, Pergolesi; music-hall, Vives... todo mezclado, todo fantástico, todo bello, todo jovial.

Dentro, cantan y hablan por los muñecos (a los que sólo falta hablen y canten) verdaderas sopranos y verdaderos tenores y verdaderos barítonos que prestan su voz a los muñecos para que desarrollen sus comedias y la sensación está resuelta y el milagro está hecho, *signore* Podrecca.

Durante unas semanas los niños de Madrid tendrán un teatro, el teatro que necesitan



LOS TRES RATAS DE NUESTRA CLÁSICA «GRAN VÍA»

y que sólo en Navidad, en las vacaciones, le ofrecen algunas compañías, toda la magia, desde la cueva de Alí Babá, llena de tesoros, con la puerta del «¡Abrete sésamo!» y todo el encanto, desde la princesa que se durmió cientos de años porque no habían invitado a su bautizo al hada verde regañona y fosforescente, y hasta el día de hoy en que los grandes van a ver al Tenorio y comen castañas en los entreactos, los niños tendrán su «Don Juan-Marioneta» sin los rípios de Zorrilla y con la música de Mozart.

Una fotografía que acompaña estas líneas, muestra todo el secreto de la marioneta, todo el sencillo secreto que es la suma habilidad de los masonetistas. ¡Qué grandes actores, entonces, cuando los hombres les han dado su talento, su voz, su habilidad su genio!...

Actores disciplinados, que no piden aumentos de sueldos y que no riñen por un papel. Actores modestos que no quieren ser primeras figuras y forman compañía. Actores sobrios, actores discretos... ¡Qué raros actores! Siempre saben lo que deben hacer, y lo hacen. Siempre cumplen su cometido, sin morcillar, sin molestarse unos a otros con chismes y cuentos de telón adentro. Actores que no son amigos de periodistas para conseguirles así un bombo y que no pagan a la claqué para que les aplauda sus *particelles* y no la de los otros. Actores comprensivos, inteligentes, refinados. Nunca accederán a representar una comedia de la señorita Millán Astray ni del Sr. Contreras y Camargo. ¡Cuántos actores deben aprender de éstos de madera muchas cualidades! Parece como si tuvieran alma, y es que el *signore* Podrecca les ha dado toda la suya.

José LOPEZ RUBIO

EL HUMORISMO EN LAS ESQUELAS

Lector, si examinas las esquelas de defunción, cosas en ellas verás que llamarán tu atención.

«El Excmo. Sr. D. Fulano de Tal, gran cruz de Carlos III, comendador de la Orden de San Froilán, miembro de la Sociedad Filarmónica, ex concejal del Ayuntamiento de Carraspique, etc., etc...»

¡Cuántos son algo realmente (oh, necios de siete suelas!) para que vea la gente toda esa retahíla al frente del texto de las esquelas!...

«Su desconsolada esposa; sus hijos, sus padres, etc., etc...»

Parientes mil del finado verás figurar, sin duda, mas lo que es *desconsolado* no hay más que el viudo (o la viuda). ¿Por qué los otros sujetos que vienen luego a'udidos, como hijos, padres y nietos, no están también afligidos?

«...suplican a sus amigos se sirvan encomendar su alma a Dios»...

¡Qué gran duda, San Amós! ¿Es del que halló ya su palma o es (acá para *inter nos*) de sus amigos el alma que hay que encomendar a Dios?

«...y asistir a la conducción del cadáver desde la... etc., hasta el cementerio de la... etcétera, por lo que recibirán especial favor.»

Otra cosa que está mal. Porque, dime tú, lector, ¿quién recibe ese favor especial?

¿Lo reciben los parientes en la esquila mencionados, o los muchos concurrentes invitados?

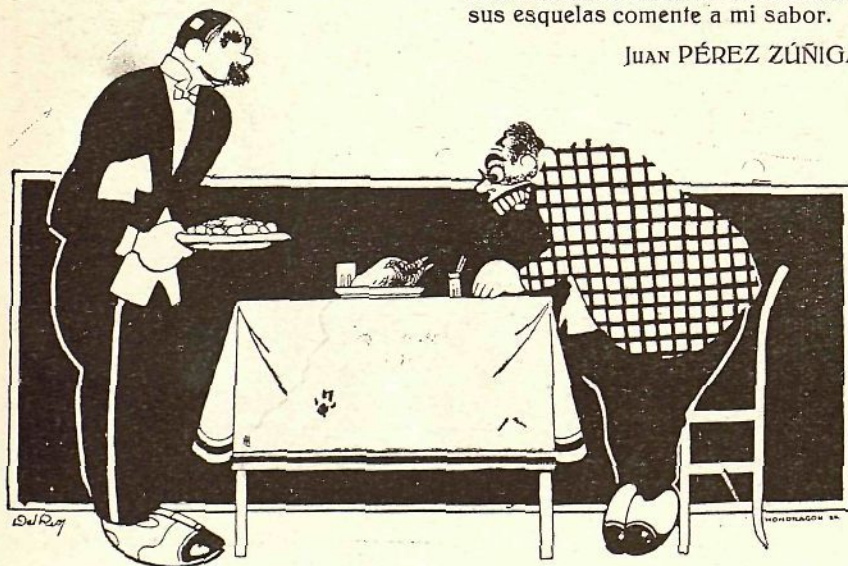
¿Quiénes son los del favor? ¡confusión tan singular es difícil de explicar; sí, señor!

«Se suplica el coche.»

¡Esto sí que es cosa feal! O la familia costea el coche a todos, o no les dice cómo desea que vayan. Opino yo, y no estoy equivocado, que tal ruego es importuno; pues es como si, obligado, convidado a cenar a uno mandándole este recado: «Mi estimado Baltasar, esta noche, aunque no quieras, ven a mi casa a cenar... y tráete tus vinagreras por lo que pueda tronar.»

Nada más... Y perdonen los difuntos (o sus deudos) que en pleno BUEN HUMOR, renunciando a fratar de otros asuntos, sus esquelas comente a mi sabor.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—¿Sólo hay esto para comer?... Pero si con esto no tengo ni para un diente!...

LA NOVIA

Todos mis amigos tenían novia; la primavera y el verano las había hecho florecer colgadas a sus brazos, y ellos las exhibían con la satisfacción del deber cumplido.

Y tú—me decían—, ¿cuándo encuentras una novia?...

Comprendí que mi caso era vergonzoso, que debía de procurarme una novia, aunque sólo fuese por el *qué dirán*, y un día tomé la decisión de encontrar una novia.

Aquel día me lancé a la calle con ese objeto.

Primero fui muy de prisa hacia el centro de la capital: no sé por qué tenía la idea de que mi novia me iba a esperar en el centro; sin embargo, seguía con la vista a todas las muchachas apetecibles que pasaban junto a mí.

Nadie me guiñó un ojo; una sola se echó a reír, cuando le envié una mirada llena de apasionamiento, como diciéndole: «Señorita, ¿le importaría a usted ser mi novia? No la molestaré nada, es tan sólo por los amigos...»

Empezaba a saborar lo acre del fracaso; comprendí que no era tan fácil entablar relaciones amorosas, en vista de lo cual me cuidé más de la elegancia en el ademán, y hasta me atreví a insinuar algún piropo.

Al principio, no se me ocurría ninguno. «Soy un soso—pensé—y recurriré al auxilio de los ingenios populares: me compré un libro de piropos.

Leí varios, y como no me riese nada, me pregunté: «¿Cómo no me hacen gracia?» Es fama que los piropos que se dicen en la calle son preciosísimos...; quizá será que no los entiendo, digamos uno como prueba. Y perseguí a una joven que caminaba en mi misma dirección, con un libro abierto por la mitad: «Señorita—le dije—, ¿me presta usted una pestaña para saltar a la comba?»

La señorita continuaba su marcha imperturbable.

No lo habrá oído, pensé yo. ¡Cómo, de no ser así, es posible que continúe seria con la frase que le acabo de decir, que debe de ser tan graciosa!

Volví a leer en alta voz: «¡Señorita, que si me presta usted una pestaña para saltar a la comba!»

Esta vez sí pareció oírme, me miró en forma severa y dijo:

—Bueno.

Después siguió su camino, mientras yo me quedaba sin saber qué contestarle.

Perdí el libro a propósito.

Reflexioné sobre el caso, y deduje que la causa de mi fracaso era el haber osado abordar gente que no conocía, y que además tenía prisa; también pensé que no me convenía de ningún modo una novia señorita.

Me hice esta reflexión:

Al menos de caer con una excepción. una novia señorita presentará diversos males. Hará que vaya a pasear por la Castellana por las mañanas. Me llevará al cine por las tardes, especialmente cuando haya películas italianas y dramas de amor, se empeñará en seguir la película y me preguntará qué me parece de vez en cuando. Merendaremos en Molinero alguna vez, cuando no en un gran hotel. Tal vez sus teatros predilectos sean Lara y el Infanta Isabel; su músico, Guerrero; su dibujante, Méndez Bringa; su escritor, Pedro Mata, y su pintor, Moreno Carbonero...

Y como no me convenía de ningún modo esta señorita quinteriana, decidí buscar la novia en otra esfera social.

Como un perfecto ciudadano, me dirigí a un agente de la autoridad que, apoyado en una esquina, ayudaba a sostener un edificio. Le expuse mi caso y añadí:

—¿Dónde debo dirigirme para encontrar rápidamente una novia maleable?

El agente sacó de un bolsillo un carnet, lo consultó detenidamente y me contestó:

—Vaya usted al cabaret.

Era verdad; la novia fácil la encontraría en el cabaret. Allí podía encontrar el tipo de novia profesional que yo necesitaba: una tanguista colmaría mis anhelos, me facilitaría con su experiencia y su asequibilidad el camino espinoso de una declaración.

Entré, pues, en un cabaret con esa idea fija; me senté y comencé a elegir con la vista a la que había de ser mi compañera una temporada: «Todas lo están deseando, ¡pobrecitas! Es su oficio», me dije.

Mi vista, como un pájaro, se detuvo en el hombro de una pálida belleza morena, «Esta», pensé, y le lancé varias miradas llenas de pasión.

La belleza pálida, la morena romántica no me veía, ocupada, como estaba en ese momento, en terminar un «Pepito» saleroso; sus dientes se hundían en el solomillo, con un vigor insospechado en una muchacha de su tipo.

Terminado el bocadillo, y mientras se limpiaba los labios con una servilleta (desdeñaba el mantel), cruzó su mirada con la mía, y sonrió:

«Ya está—pensé—, ¡cuán fácil era!, bailamos», y se sentó junto a mí luego.

Quise cogerle una mano, y se encrespó:

—No se vaya usted a creer que porque una esté aquí, es pan comido.

—¡Señorita!—balbuceé—, mi intención no era mala.

Ella continuó:

—Es que ustedes los pollos...

Era insospechable ese ramalazo de pudor. «Ya más amigos», me indicó:

—Mire usted arriba.

—¿Dónde?

—Arriba, en los palcos.

—Miré; en los palcos altos del cabaret se veían unas mujeres del pueblo, durmiendo unas, y otras mirando con ansia lo que ocurría abajo.

—Esa de en medio—me dijo—, es mi madre.

Una dama con una toquilla oscura me sonreía afablemente.

—¿Quieres que le enviemos un café con media?—continuó mi amiga, tuteándome al pronto.

Siguió el baile, mas yo quedé algo cohibido toda la noche. Cuando comenzaba a ponerme afectuoso, recordaba a la señora de la toquilla bajo cuya mirada nos hallábamos, y no me atrevía a extremar mi conversación.

Siempre que miraba hacia el palco, me encontraba con la sonrisa de la señora de la toquilla, y hasta llegó a

hacer ademanes, indicando que por ella no nos preocupásemos, que si nos miraba era incidentalmente.

Mi compañera me dijo varias veces durante la noche:

—Porque yo soy tan decente, como la que más...

Y al final, cuando la pedí permiso para acompañarla, me contestó con un gracioso mohín:

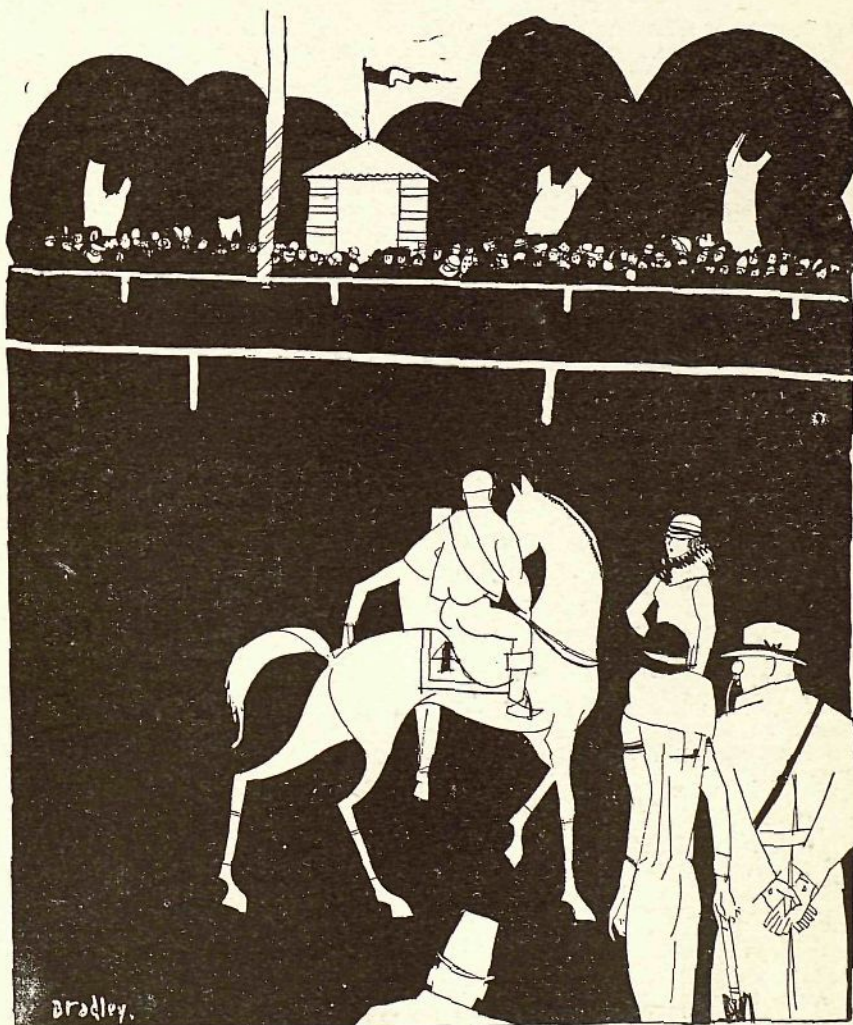
—No puede ser; me espera el novio.

—¿Tienes novio?—le pregunté,

—Sí, nos casaremos en primavera.

Y yo recordé cómo se hacen la dote algunas japonesas, y salí decidido a buscar una novia en alguna Congregación religiosa, seguro de que me sería mucho más fácil.

EDGAR NEVILLE



Dib. BRADLEY.—Madrid.

—Qué contento debe estar el duque con el triunfo de su favorito...
—¡Ya puede estar alegre! ¡Lleva lo menos quince copas!

LA ESCENA Y LA VIDA REAL

AL TRAVÉS DEL DRAMA POÉTICO

I

Quando les digan a ustedes que el Teatro es el FIEL REFLEJO DE LA VIDA REAL, siéntense en un sillón, colóquense en una postura cómoda y ríanse hasta que concluya la campaña de África.

Entre todos los géneros literarios, el Teatro es el más falso, el más ficticio y el más alejado de la realidad. Voy a intentar demostrar mi aserto.

Supongamos una misma escena de la vida real, trasplantada al drama, a la alta comedia y al sainete, y comparémosla después con la misma escena, tal y como se desarrollaría en la realidad sensible. La escena es ésta: una esposa, obligada por las circunstancias, entra a su marido de que... ha hollado el tálamo con un adulterio. Acaba la escena con el perdón del esposo, que, en el fondo, es una malva.

La escena, al través del drama poético, tan del gusto de nuestros abuelos:

La acción en un castillo de Navarra. Año 1530.

Escena única.

DOÑA SOL y DON FERNANDO.

DON FERNANDO. *(Haciendo entrar a doña Sol por la puerta del foro izquierda, y con cara de Judío Errante.)*

¡Penetrad en la estancia!

DOÑA SOL. ¡Me asustáis!

DON FERNANDO. ¿Os asusto? ¡Pardiez, quién lo creyera!

DOÑA SOL. Me extrañan vuestro acento y esa fiera expresión, que en el rostro dibujáis.

DON FERNANDO. *(Con las cejas fruncidas.)*

¿Extrañáis, doña Sol, que en el rebaño sea lobo el cordero?

DOÑA SOL. Sí lo extraño.

DON FERNANDO. ¿Y extrañáis, doña Sol, que el sol que alum-
bra

torne su luz en hórrida penumbra,
y que de pronto la gaviota aleve
troque en negrura su blancor de nieve
y que el águila real, que al cielo vuela,
no vuele más?

DOÑA SOL. ¡Lo extraño, por mi abuela!

DON FERNANDO. ¿Pero halláis hacendera tal mudanza?

DOÑA SOL. La mudanza es difícil, mas se alcanza.

DON FERNANDO. Pues bien, esposa mía, de igual suerte
que los magos derrotan a la muerte,
y que el cordero es lobo, y que el rey Febo
se oscurece y después luce de nuevo,
yo, que siempre creí en vuestra decencia,
he ahuyentado esta noche mi creencia.

DOÑA SOL. ¿Qué decís?

DON FERNANDO. ¿Protestáis?

DOÑA SOL. ¿Pues qué queréis?

DON FERNANDO. ¡¡Que sepáis que mentís!!

DOÑA SOL. ¡Cómo os ponéis!...

¡Me injuriáis! ¡Me azoráis!

DON FERNANDO. ¡No lo neguéis!

DOÑA SOL. Os chaláis.

DON FERNANDO. ¿Confesáis?

DOÑA SOL. ¡¡Que os lo creéis!!

DON FERNANDO. *(Llevando a doña Sol hasta un crucifijo.)*

Venid aquí, señora, y ante Dios
negad que no hay otro hombre entre los dos.
¡Vamos, negadlo! ¡Ay! Vuestro silencio
me demuestra la falta que evidencio...

Mas... ¿qué veo? Calláis, y vuestra frente
humillándose va,

y observo que estáis ya
dando diente con diente...

¡Piedad, Fernando!

DOÑA SOL.

DON FERNANDO.

DOÑA SOL.

DON FERNANDO.

Cierto es, sí.

¿Es cierto tal entuerto?

¡Remahoma! ¡Que era cierto!
(Queda diez minutos meditando. Doña Sol se arrastra hasta sus plantas.)

DOÑA SOL.

Perdonad, don Fernando,
a esta nueva María de Magdala,
que os está suplicando...
¡Perdonadme esa falta!...

DON FERNANDO.

Pero ¿cuál?

¿La falta que lanzaste
sobre mi limpio nombre? ¿La que echaste
en mi resplandeciente ejecutoria,
que jamás fué manchada?

¿Me tomas, desdichada,
por el bobo de Coria?

¡Vive Dios! ¡No te arrastro por el pelo
y en una almena no te cuelgo de él,
porque tu pelo es suave terciopelo
y porque te lo ondula el gran Marcell!

Pues, ¡ay!, si así no fuera,
yo, convertido en sanguinaria fiera,
te haría sufrir todos los tormentos
que idearon los Césares cruentes.
Te haría consumir varios venenos;
te llevaría a todos los estrenos.

DOÑA SOL.

DON FERNANDO.

(Horrorizada.) ¡Oh!

Te haría atormentar de tantos modos
cual son los ideados:
te compraría todos
los libros en el mundo publicados.

DOÑA SOL.

DON FERNANDO.

(Espantada.) ¡Aah!

(Implacable.) Y juro por el Cid,
que te obligara a atravesar Madrid
haciendo que siguieras puntualmente
lo que ordenase el bando más reciente.

DOÑA SOL.

DON FERNANDO.

(Sin poder resistir más.) ¡Uf! *(Se desmaya.)*

DON FERNANDO.

(Cogiéndola en sus brazos y enterneciéndose.)

Pero no temas, no, dulce paloma,
que haga esto que te digo. Es una broma.
Y con tal de que vuelvas del desmayo
haz, alma mía, de tu capa un sayo.

DOÑA SOL.

(Balbuciente y para su colete.)
¡Caramba, este Fernando, juro que
es más idiota, el pobre, que un minué.

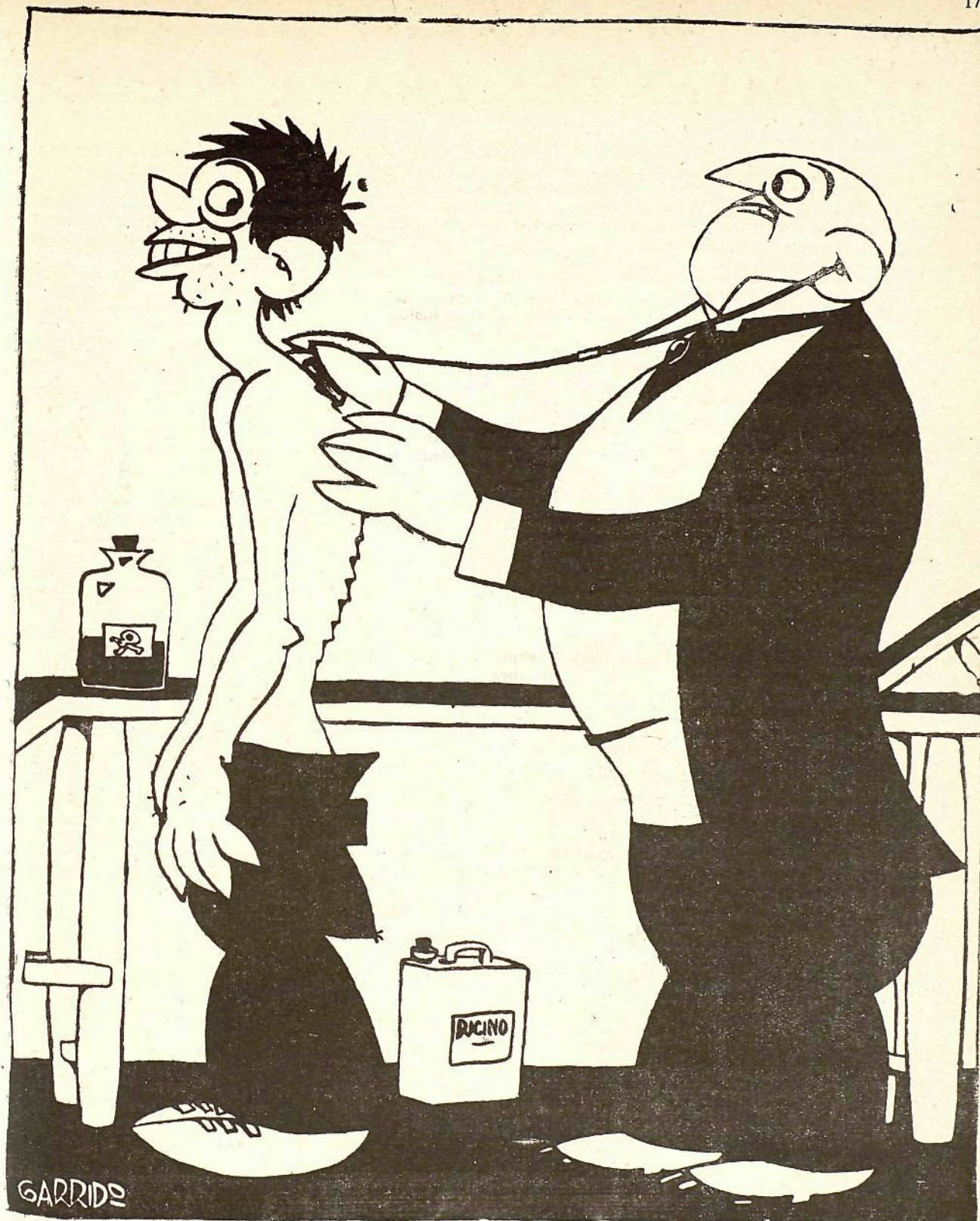
CAE EL TELÓN

Así como ahora la he desarrollado al través del drama
poético, en el número próximo tendré mucho gusto en des-
arrollar esta misma escena al través de la alta comedia.

Por la escenificación,

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

BUEN HUMOR se vende en LA HABANA en la Compañía Na-
cional de Artes Gráficas y Librería, Pi y Margall, 135-139.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

—Este organismo está completamente extenuado. Hace usted trabajos muy duros, ¿verdad?
 —No, señor: soy colchonero.

DESDE MI NICHOS

(REFLEXIONES DE UN «FIAMBRE»)

Yo, lectores, soy la envoltura carnal del ex habitante Roque Ford. En la Vida fuí un filósofo prestigioso, gracias a que nunca di solución a ningún problema de los que yo mismo me trazaré.

Pero ahora sí. Ahora, merced a la tranquilidad de que disfruto, he comprendido cosas que antes permanecían en el misterio más insondable.

Lo primero ha sido el porqué de mi nombre y mi apellido. Yo no comprendía antes porqué usaba el nombre de Roque Ford. Ahora hay una razón poderosa para que conste así en la lápida que cierra mi habitación última. Ahora, como en el queso tocayo mío, *habitan en mí innumerables gusanos*.

Después comprendí que en la Muerte sigue la Vida lo mismo. Yo recuerdo de mis tiempos de vivo—sin ninguna intención—unos versos de un tal Jorge Manrique, que decían:

«... allegados son iguales
los que viven por sus manos
y los ricos.»

¡Qué equivocación! Aquí hay las mismas desigualdades sociales que en el mundo conocido de ustedes. Voy a explicarles las diferencias existentes, y cómo las denomino yo.

La aristocracia.—Ésta habita en los panteones. El panteón es el palacio del Más Allá. En él, el propietario, cuando da alguna fiesta con motivo del aniversario del fallecimiento o cosa por el estilo, mira a los invitados de clase inferior por encima de la clavícula; los zahiere y humilla con cualquier motivo, y finge distraerse para hablarles de tú.

Además, dice con mucha frecuencia: «Han subido las coronas. A mí no me importa, porque como somos ricos...»

En los panteones, cuando hay algún acontecimiento, reluce el fósforo de tal modo que parecen farolillos a la veneciana.

La clase media.—El aposento de esta clase, a la que yo tengo la desdicha de pertenecer, es el nicho. Esta es la vivienda más incómoda de todas las del cementerio. El inquilino no puede moverse, dar paseos en los momentos de mal humor o de preocupación; y si quiere hablar con alguien tiene que salir al aire libre, exponiéndose a un catarro o a una pulmonía. Además, el que tenga la desgracia de habitar en piso alto precisa dominar la gimnasia de trapecio para llegar a su morada postrera.

En cambio de esto, el que tenga la suerte de contar en su vecindad un individuo del sexo contrario al suyo,

puede dedicarse al amor con la seguridad de que los demás no se enterarán. Basta para esto una barrena; con ella se taladra el tabique que separa los nichos, y por el agujero puede introducirse esa carlita en que se dice: «Me estoy quedando en los huesos por sus huesos».

Nosotros, en nuestras fiestas, no somos tan refinados como los aristócratas; pero desde luego no alternamos con la gente baja. Nosotros jugamos a las prendas, y éstas son floreros, faroles, retratos y otras cosas que nos han puesto nuestros familiares y que no nos sirven para nada más. Por eso algunas veces cuando van los deudos a visitarnos se encuentran todo cambiado de sitio y echan la culpa al guarda. ¡Pobre mortal!...

También damos bailes. Hay algunos que cantan bien y pollos y pollitas que hacen gallos. En la vida es al contrario.

Los hombres sesudos jugamos al dominó con uno fabricado con huesos que no sabemos a quién se le habrán perdido.

Y ésas son todas nuestras diversiones.

La gente baja.—Estos son los de la fosa común. Nosotros llamamos a la fosa común «la casa de vecindad». El sobrenombre proviene a causa de los escándalos que en ella tienen lugar. De vez en cuando, unas mujeres se tiran del pelo, a la par que se regalan con los adjetivos más escogidos.

En la noche de Animas recorren el cementerio armando estrépito con tibias, calaveras, radios y omoplatos. Esta fantástica caravana se disuelve en las primeras luces del alba.

Hay fallecidos que no forman en esta pintoresca comparsa. Unos se quedan celebrando en casa la noche buena—la de Animas—y dándole algún porrazo a su mujer—cosa acostumbrada en la casa de vecindad, y otros juegan al monte y al *baccarat*; pero también entre éstos suelen armarse escándalos, porque algún fallecido quiera levantar un muerto.

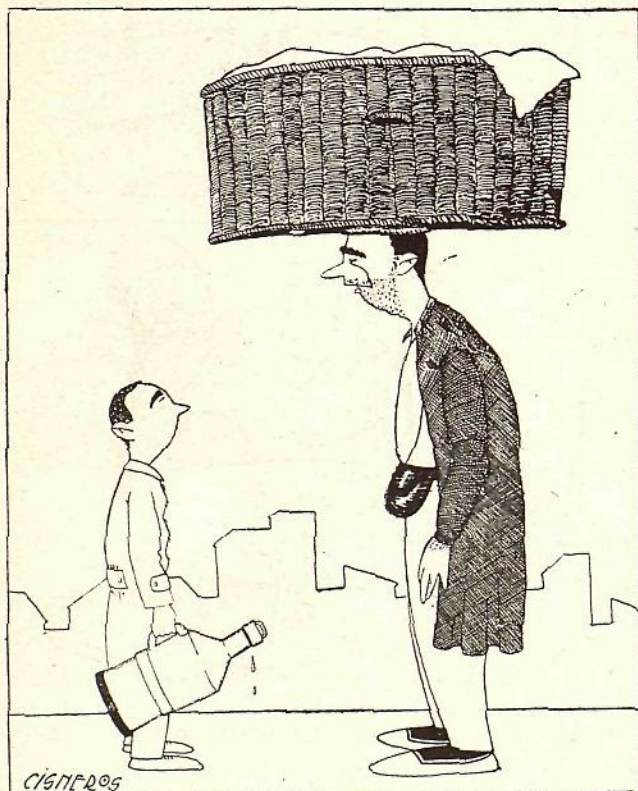
A la mañana siguiente cada uno espera a sus familiares muy quietecito. De la juerga nocturna al aire libre hay quien tiene para toda su vida número dos un reuma articular o el frío que les *trapase los huesos*. Lo que no conocemos aquí es la fiebre amarilla.

Y esto es todo lo que pasa en el cementerio, que no es poco, como ve el que leyere. Por tanto, acabo. Pero, como yo soy un cadáver educado, me ofrezco a ustedes.

Cuando a ustedes les toque el turno y vengan, pregunten por mí, que yo les presentaré a los demás compañeros. Ya verán qué bien se pasa.

Hasta entonces.—ROQUE FORD.

Por la transcripción,
Luis ROMERO CUESTA



Dibujo
CISNEROS
Madrid.

—Nosotros, los intelectuales, los que trabajamos con la cabeza...

¿A QUE NO LO ACIERTA INAUDI?

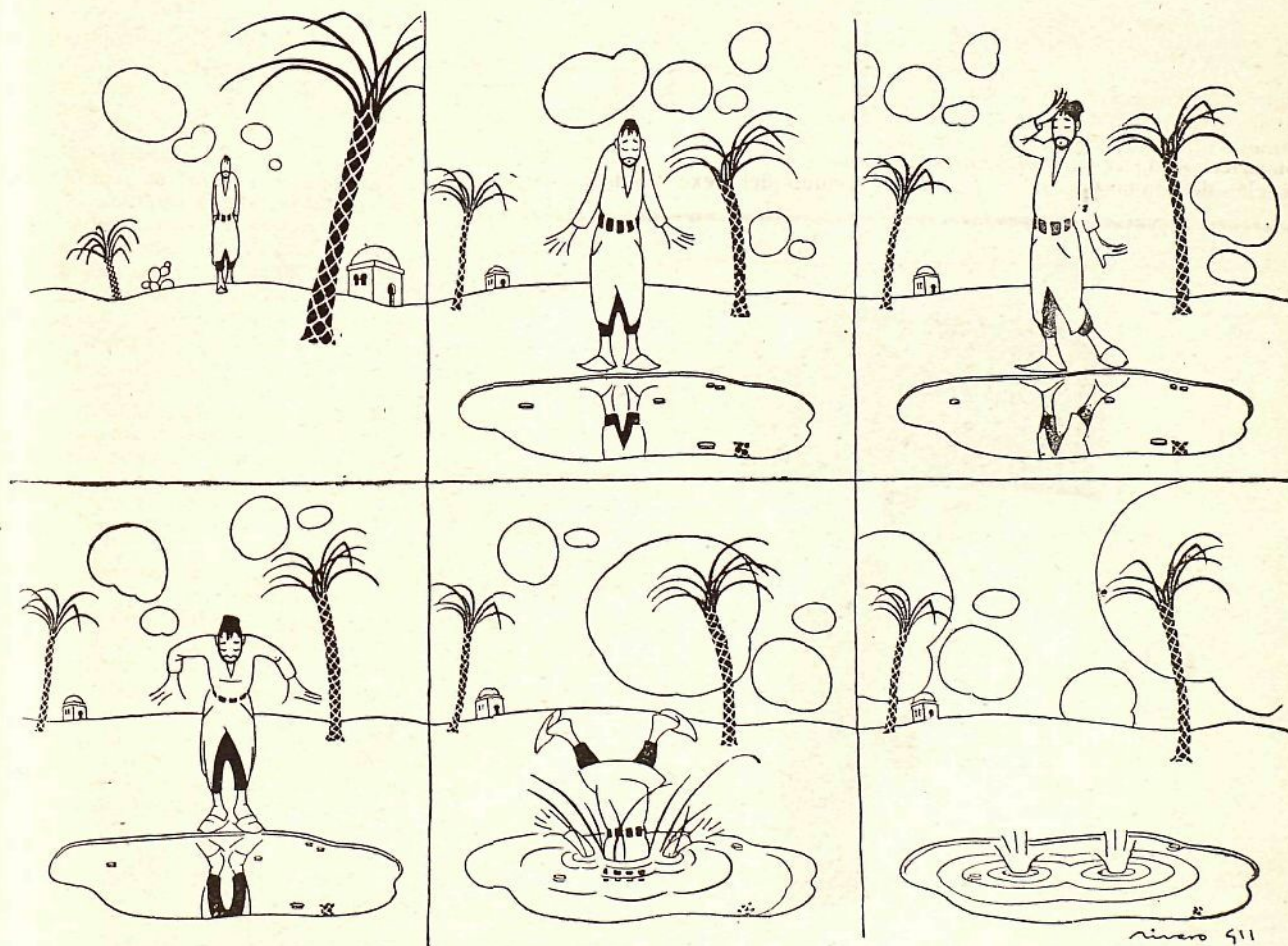
Soy escéptico de mío,
y, así, la verdad, no creo
que Inaudi—se lo aseguro
con mis mayores respetos—
en matemáticas sea
la lumbrera y el portento
que aseguran en la Prensa
los queridos compañeros.
Me acerco a Santo Tomás
y huyo de los Macabeos,
que para creer las cosas,
quiero tocarlas primero
—lema cinematográfico
que en propagar tengo empeño—.
Resuelva el señor Inaudi,
tomándose todo el tiempo
que le plazca, este problema
que en mi romance le ofrezco,
y, si lo consigue, cuente
con mi fe y mi acatamiento:

«Del cuarto donde resido
—y aquí lo de *cuarto* es serio,
aunque tercero se llame—
habita, pared por medio,
un pollo que estudia música
y que apenas surge Febo
por el horizonte ataca
el piano con denuedo
y así se está ¡hasta las doce!
en verano y en invierno.
Datos: tiene veinte abriles,
es alto, flaco y moreno;
sabe decir ¡la caraba!,
¡qué plan!, ¡bestial! y ¡estupendo!;
lleva tres años de estudio,
un mes y diez días. Quiero
saber, con toda justeza,
de un modo preciso y cierto,
cuándo va a darme el gustazo
de morir se este sujeto.»

¿Que lo digo en broma? ¿Que
mi problema es un camelo?
¿Ven ustedes como Inaudi
no lo acierta? Ni bromeo
(... ni Julieta), ni es problema
sin solución. Y lo pruebo
dándosela aquí yo mismo
para acabar con su crédito:

«Ese pollo que me abruma
con su musical empeño,
morirá, evidentemente,
el sábado venidero.
Y morirá, por fractura
craneana, sin remedio,
¡del palo que voy a darle
en la tapa de los sesos!»

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



HISTORIETA MUDA, por Rivero Gil.

Narcisín, o el moro enamorado de su estampa.

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

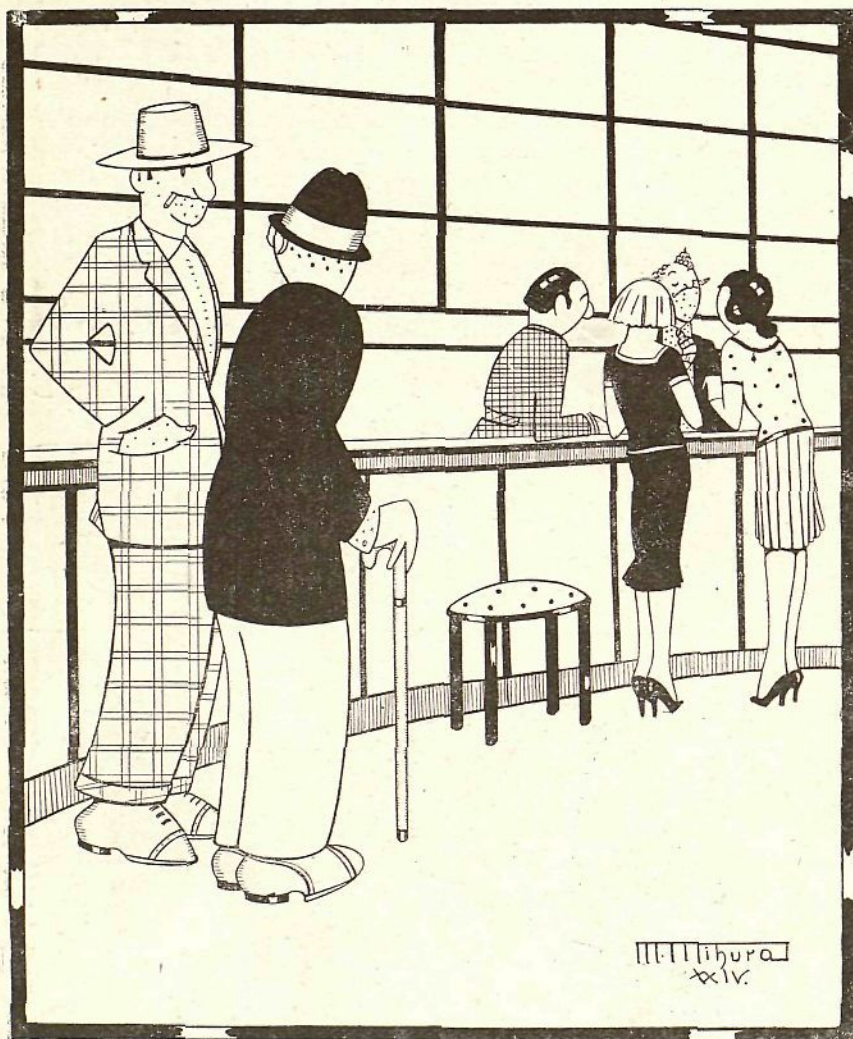
Hay una población en el mundo donde convendría que uno procurase no morir, a ser posible, pues da la triste y rimbombante casualidad de que, si se fallece allí, hace uno sin querer un chiste tan indigno que es para que le maten, si no se hubiera uno ya muerto con antelación.

Esta población a que me refiero es Palma de Mallorca, y el chiste fúnebre y lamentabilísimo es el que con perdón (seguramente sin perdón) de ustedes expongo acto seguido:

Que el que la diña en Palma de Mallorca resulta que palma en Palma.

Y si es una joven soltera (¡que no lo quiera Dios!), palma en Palma y la entierran con palma, lo cual ya es un abuso de la palabra que ni Francos Rodríguez ha perpetrado nunca.

Y ya que hemos iniciado nuestro trabajo con cosas macabras y deplorables, insistiremos con otra ingeniosidad sarcófaga.



EN SEVILLA

Dib. MIHURA.—Madrid.

—¿A que no sabe usted en qué se parece la hija de mi patrona a aquel niño que está despachando?

—¿...?

—¡En que e sortera!

Hay una única clase de individuos en la Tierra que fallecen alegremente y con mucha más facilidad que nacen.

Son los mozos de cuerda.

Y la razón es tan obvia que enternece:

Un mozo de cuerda, generalmente, remolonea para venir al *mundo*... En cambio, se regocija la mar, y no se hace de rogar ni esto, cuando le llega el momento de dejar el mundo, porque es que descansa en paz como nadie...

Cristóbal Colón nos consta de un modo contundente y asesino que no sabía jugar al «tute».

Porque de haber sabido, no hubiese realizado la cándida mentecatez de salir con la *Pinta*.

Es decir, que antes de descubrir América, había descubierto el juego.

¡Pobre Cristóbal!

En Nueva York acaeció días pasados un donoso suceso, del que fué protagonista un colosal gigante que actúa en uno de los circos de la capital norteamericana y antivinicola.

Terminado su trabajo, dirigióse el gigante al *water-closet*, ignoramos si para realizar otro trabajo o para proporcionarse algún descanso. El caso es que interrogó a un dependiente del circo sobre la exacta situación del armonioso departamento, y el dependiente, mostrándole una puerta, le contestó:

—Este es el número 100.

A lo que el gigante repuso:

—Es que yo necesito el núm. 1.000.

Y ante el estupor del otro, añadió:

—Es el número que gasto. Un 999 ya sería pequeño y tropezaría con considerables dificultades para adaptarlo a mis costumbres.

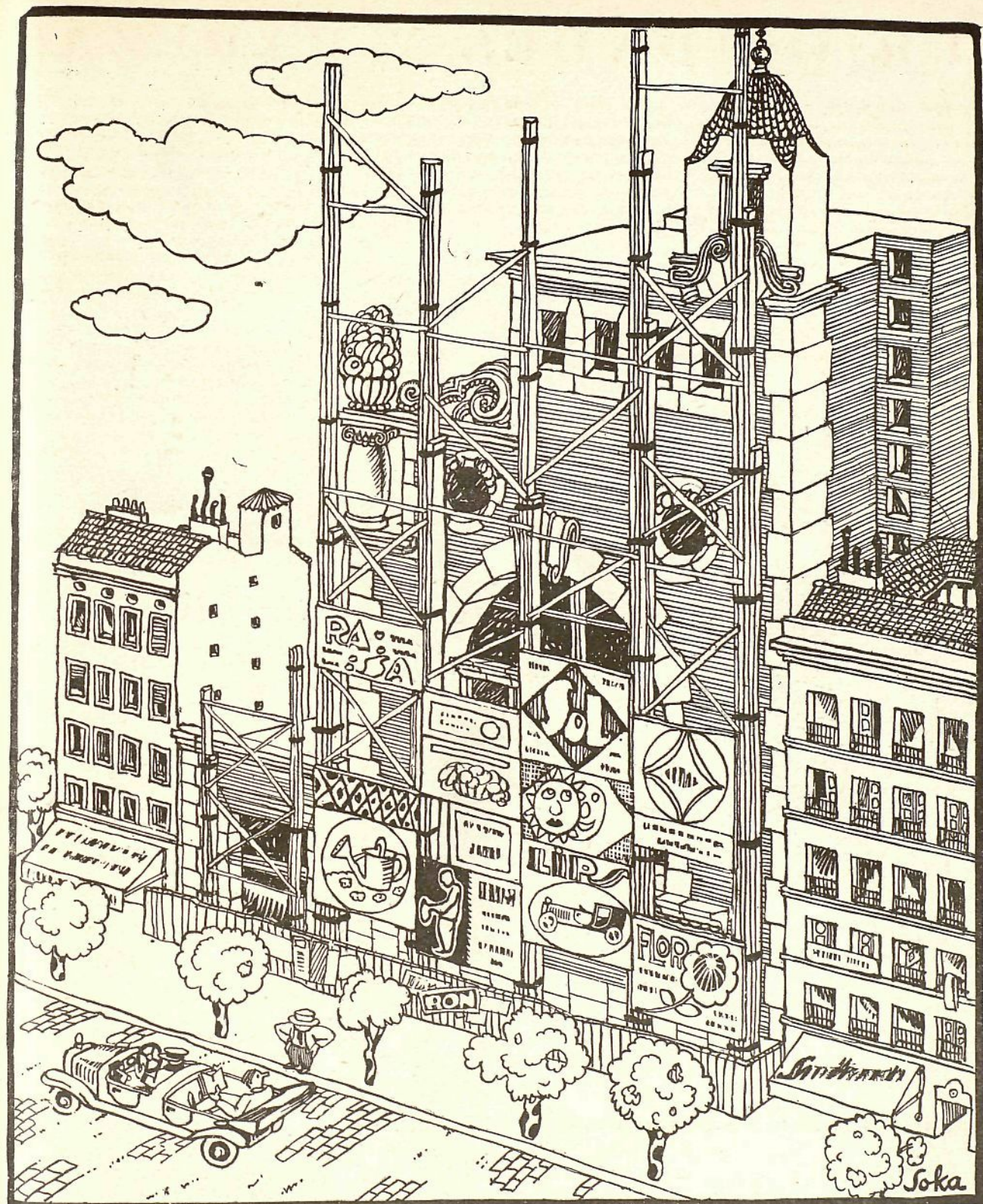
Por fortuna, el dependiente encontró la solución, indicándole la pista del circo, aunque advirtiéndole que debía esperar a que el público abandonase el local.

Y lo que pasó después no ha llegado a nuestros oídos, aunque, por lo que presumimos, no tendríamos nada de chocante que hubiera podido llegar...

Los albañiles de Toledo no tienen descanso dominical; se lo aviso a la Unión General de Trabajadores para que pongan coto a ese desmán.

Porque resulta que los domingos van todos al Tajo.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. SOKA.—Barcelona.

EL DE LA ACERA.—¡Vaya lujo! Estudiando la Gramática en taxis.
 EL DEL AUTO.—¡Sí, chico; me cuesta un horror el estudiar la sin... taxis!

DEL BUEN HUMOR AJENO

¡DEBUT!, por Pierre Mac Orlan

Me parece que fué en Buenos Aires donde sucedió la cosa. Estaba yo entonces en la más negra miseria. No pude salir a las tablas para ensayar a ganarme algunas perras necesarias para comer.

Yo tengo voz como todo el mundo, pero ese título es insuficiente para cantar una gran ópera como *Favorita*.

Se presentó ocasión de que me contratara en calidad de tenor fuerte en una compañía que viajaba por América del Sur.

Para salvar mis deficiencias, declaré que cantaré mi papel con la cabeza sumergida en un cubo de agua. Esta innovación fué muy del agrado de mi empresario, el coronel Bill Schop.

En realidad, mi número no pasaba de ser secundario. El clou del programa era el primer acto de *Manón*, interpretado por negros de Guatemala. Estos negros, al terminar el acto, devorarían a la cantante encargada de este ingrato papel.

El día del debut, más de seis mil es-

pectadores ocupaban las butacas, los palcos y los anfiteatros del teatro Imperio.

Todo el personal, actores y maquinistas, estaban temblando, porque la compañía sólo estaba compuesta de un puñado de aventureros que, por decirlo así, no entendía nada en cuestión de teatro.

Para hacer economías, se había decidido representar las óperas sin música.

Sonaron los timbres y comenzó el espectáculo por una piecécita en un acto, titulada *Las dos gemelas*. Era la historia de dos niñas que no se podían separar en toda la vida, y acababan por morir una en brazos de la otra. Para dar un poco de realidad a la situación, se habían encargado a dos fenómenos de este género los papeles de Rosa y Josefa.

El acto terminó sin un aplauso. Parecía como si el público estuviese helado.

—Ya se animará ahora, cuando empiece *Manón*—dijo el coronel Bill Schop.

Sonaron los timbres, y yo canté con mi cabeza metida en el cubo. Ni un aplauso.

—¿Ve usted?—me dijo el coronel—. Ya se lo había dicho. El público es idiota. Delante de un público inteligente no ocurriría esto.

Lo comprendí y se representó *Manón* con la escena del canibalismo, por los negros.

Ni un rumor. Era increíble.

—¡Asombroso! ¡Inaudito!—decía Bill Schop—. Yo no he visto nunca un público tan indiferente.

Entonces se oyó una voz que venía de lo alto: era la de un maquinista.

—Sepan—dijo el miserable—que hace ya cinco horas que busco la manera de poder levantar el telón, que no se alza ni un palmo. A menos de una intervención divina, no veo manera de poder levantar el telón esta noche, ni mañana, ni en unos cuantos días.

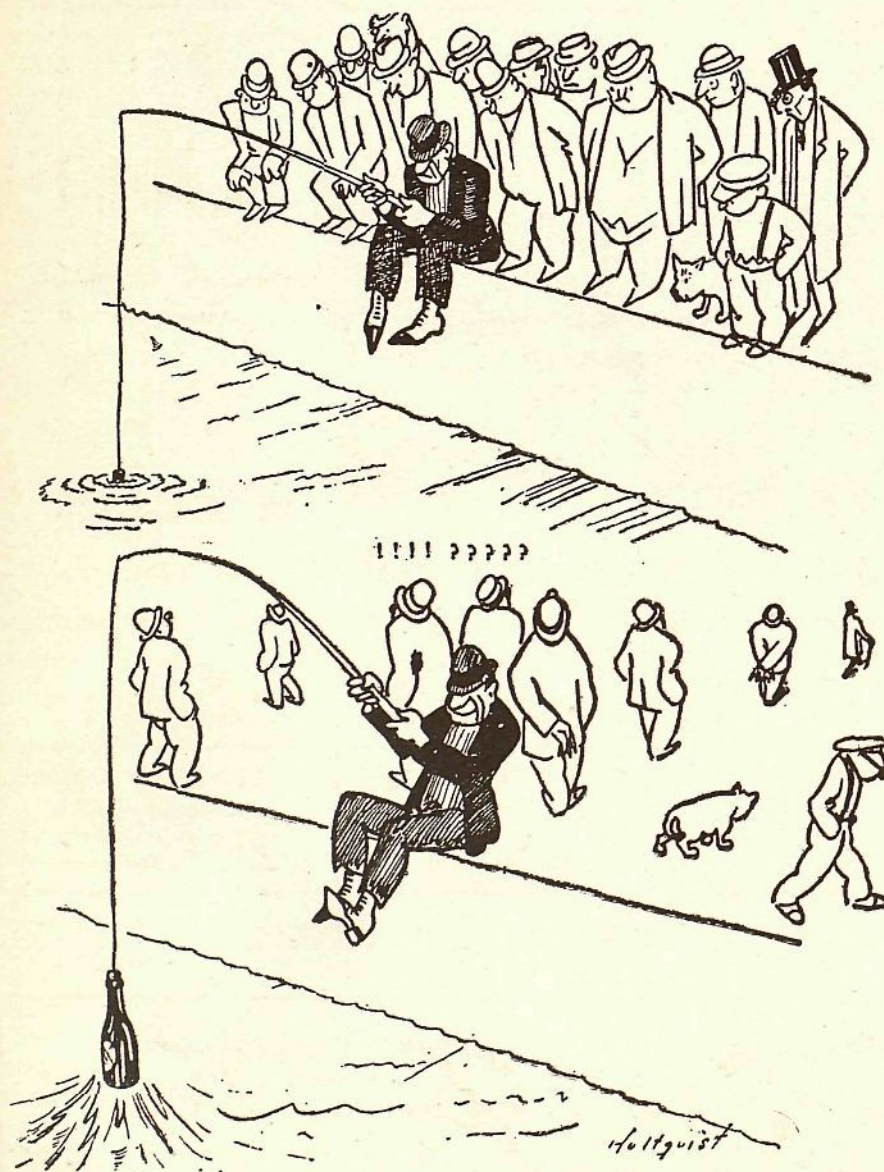
Efectivamente. El telón no se había levantado en toda la noche.

El empresario salió al público. Todos los espectadores, negros en su mayoría, escuchaban atentamente y miraban al telón bajado con los ojos en blanco.

—¡Ha terminado!—anunció Bill Schop.

Entonces se produjo tal cólera en los espectadores, que, en menos de una hora, el teatro, el empresario y la mayor parte de los artistas, no eran más que un montón de cenizas.

A. R. H.



—¡Ya debe estar bastante fría!...

(Del Sandags Nisse, de Estocolmo.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

R. G. T. Barcelona.—¡¡¡¡¡Idiota!!!
[A. C. G. Madrid.—No sirve su trabajo titulado ¡Vaya un humor!... Lo sentimos por tratarse de un hombre, como usted, modosito y no muy adinerado, y que domina el francés de una manera casi cruel.

Hijo de P. Cabello

Objetos de escritorio, papelería y bisutería. 5 por 100 de descuento presentando este anuncio.
Plaza del Angel, 1

H. P. D. B. Barcelona.—Tiene usted unas caldas que son, no para partirse una pata, sino para que se la partan a usted.

LIBROS DE RISA

LUIS ESTESO

recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de grato placer.

Pts.

Chistes malos y de ustedes. 2,00
Teatro fácil (16 comedias). 2,00
Cincuenta monólogos..... 2,00
Novelas y Monólogos escogidos..... 3,00
Chistes y cuéplés (70 cosas) 2,00
La sala del crimen (novela). 2,00
Animales caseros..... 1,00
La Vanagloria (novela)... 3,00
300 chistes nuevos..... 1,00
Diálogos y entremeses.... 1,50
Conferencias, monólogos, parodias y humorismo... 2,00
Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres..... 1,00

Pedidos: LUIS SANTOS
Carretas, 9.—Madrid
Envíos contra reembolso

Carratalá. San Sebastián.—Su cuento chino no vale absolutamente para nada. ¡Otra vez será, Carratalá!

A. P. M. Alicante.—Hemos dicho, ya no sabemos cuántas veces, que no queremos nada de radiotelefonía, de futbolistería, de torería, de pornografía y de majadería. Y ustedes, los espontáneos, ¡duro que es tardar! Y nosotros, ¡duro y al cesar!... Y no conseguimos entenderlos y el llo va a ser formidable como Dios no lo remedié.

La dicha en este Planeta estribará en lo que estribe, pero la única completa yo la hallé en esta receta Licor del Polo Orive.

"Valdezarza" El mejor purgante

Presentando este anuncio en Arenal, 26, se regalará una botella pagando solamente el casco. Felipe Santos.

Carranque. Valladolid.
Sus versos, mi buen Carranque, son más pesados que un tanque. Y si en vez de uno ponemos dos tanques, quizá nos aproximemos más a la idea de la pesadez de sus prodigiosas rimas.

de éstos. Los demás, ya veremos lo que pasa... Y ahora, en serio: está usted un poquito verde toda-

costumbre que habrá que adoptar tarde o temprano. Preferiríamos que fuese temprano.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

vía, y tiene usted que gastar muchísima tinta antes de pegar el ansiado golpe en el clavo.

Kiriki. Madrid.—Señorita encantadora: usted se ha equivocado. Lo que nos envía no es para nos-

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

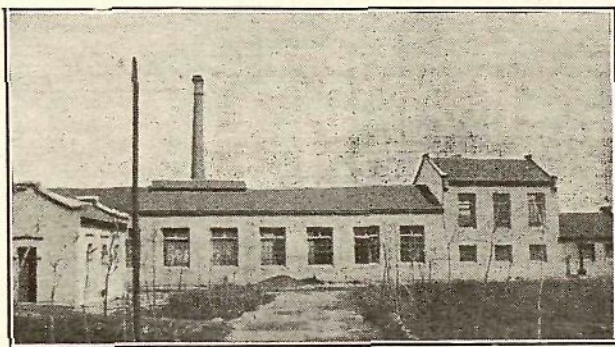
SASTRERÍA LORITE

Corredera Alta, 19

Gabanes y hajes desde 75 pesetas. 10 por 100 de descuento presentando este anuncio.

Kurdo I. Madrid.—Tiene usted más mala sombra que la cuenta de un sastre.

otros; es seguramente para el Museo de Arte Moderno, donde sabrán apreciar sus bellezas, que nosotros,



"La Paquita"

Nueva fábrica de papel continuo

BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Tel. 50-05 M.

Ozores.—Con bastante pena le decimos a usted que de sus tres dibujos hemos rechazado cuatro: o sea, que rechazamos los tres que

Z. S. T. Madrid.—Hay momentos, simpático amigo, en que crea usted que lamentamos que no sea costumbre el darle al prójimo un palo

¡inmundos ignorantes!, no podemos comprender.

A. A. G. Oviedo.—¡Imposible la hais dejado!

VINOS DE LA
COLONIA DE SAN JOSE
Fuencarral, 94 duplicado
Teléfono J. 718

Lea usted "Vida Madrileña"
Anuncie en
Oficinas: Fuencarral, 166
Director: DOZ DE LA ROSA

FAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

envía y que, de antemano, rechazamos también uno de los que usted nos mandará seguramente un día

tremebundo en la cabeza por el hecho de escribir un artículo. Confiamos, no obstante, en que será una

G. P. P. Madrid.—Queda aceptado su trabajo. Verá la luz (diurna o nocturna) a la mayor brevedad.



Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—¿Por qué estás tan preocupado, Manolo?
—Porque no sé qué oficio dar a mi hijo que lo aprenda en seguida.
—Métete a aviador, que eso se aprende volando.

Ben-Chungón.—Melilla.

Entre amigos.
—¿Por qué no te casas, Ramón?
—Porque impongo condiciones. Quiero que mi mujer sea guapa, rica e imbécil. Si no es rica y guapa, no la aceptaré. Y si no es imbécil, no me aceptará ella a mí.

Juan Minondo.—Madrid.



MEDEL

GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

En el metro.
UN VIAJERO, ENTUSIASMADO.—¡Esto es civilización! ¡Esto es progreso!
EL EMPLEADO.—¡No, señor! ¡Esto es Antón Martín!

Mignon Lescaut.—Madrid.

Bodegas de los CEAS
Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.
Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

En un restaurante barato.
UN COMENSAL.—Este queso de Gruyère tiene buena cara.
OTRO.—Los ojos, por lo menos, son hermosísimos.

F. H. S. M.—San Ildefonso.

En la feria de un pueblo de Aragón.

UN FOTÓGRAFO (voceando a la puerta de su barraca).—¡Pasen, señores, pasen! ¡Se retrata al segundo!

UN BATURRO (que está el primero de la fila).—¿Y yo, me puedo retratar?

EL FOTÓGRAFO.—¡Ya he dicho que se retrata al segundo!

EL BATURRO (amoscado).—¡Pus quédate con Dios, mañol... ¡A mí, que estaba decido, no me haces caso, y en cambio te empeñas en retratar al segundo, que no te ha dicho ná!

Moyita.—Don Benito.

CASA JIMÉNEZ
Primera casa en
OBJETOS PARA REGALOS
Aparatos fotográficos.
Cinematografía.
Preciados, 58 y 60.

Ingenuidades infantiles.
—Oye, papá, yo no creía que los guardias se hacían tan de prisa.
—¿Cómo tan de prisa?
—¡A ver! ¡Acaba de decir el primo Pepe que sólo lleva tres meses sirviendo al Rey, y ha hecho ya más de cincuenta guardias!

Feno.—Madrid.

—¿En qué se parece un cepillo a una corriente de aire en invierno?
—En que con el cepillo se cepilla la ropa y con la corriente ce-pilla una pulmonía.

Vicente Martín.—Madrid.

—¿Cuál es la verbena de Madrid que menos dura?
—La Paloma, porque se va volando.

A. Rubal.—Madrid.

Entre toreros.
—Oye, Juan, ¿cómo quedaste en Valencia en la novillada del domingo? ¡Dime la verdad!
—¡Hombre, la verdad es que hubo división de opiniones!
—¿Vamos, menos mal!
—¡Unos me mentaron a mi padre y otros a mi madre!

Ecege.—Utrera.



HERNIAS
Bragueros científicos.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

—¿Cuál es el hombre que en lugar de trabajar de frente trabaja de perfil?

El profesor de canto.

El Firmita.—Madrid.

.....
Teniendo la tos que tienes.
curar no se concibe
ha de desaparecer tan sólo
romando Jarabe Orive.
.....

El colmo de un maquinista del Norte.
Ver que te persigue un sastre y salir pitando.

Bromita.—Madrid.

—Di, ché, ¿y ese piolín atado al índice?...

—Me lo ató mi mujer, para no olvidarme de echarle una carta al correo.

—¿Y la carta?

—Olvidóse ella de entregármela.

Ce-eme-ese.—Buenos Aires.

ALBERTO RUIZ

JOYERÍA.—CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

—¡Paco, ya podrías prestarme dos pesetas!

—¿Yo dos pesetas? ¡Ni una!

—¡Pero, hombre, si es casi nada lo que te pido!

—¡También es casi nada lo que te niego!

Matosas.—Benasque.

Entre estudiantes.

—Me han dicho que te han vuelto a suspender en Geografía Económica.

—¡Sí, chico! ¡Será Económica, pero a mí me está costando mucho!

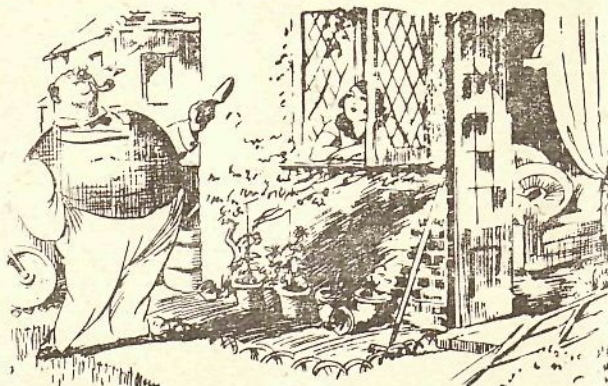
Masto.—San Rafael.

—¿En qué se parece una pelota a un barco de cabotaje?

—En que es paquebote

Merceditas López de Medrano. Madrid.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.



EL.—¡Gracias a Dios! ¡Ya sale el sol!
ELLA.—Métete en casa en seguida que las flores lo necesitan.

*(De The Humorist, Londres)**

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO. LINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

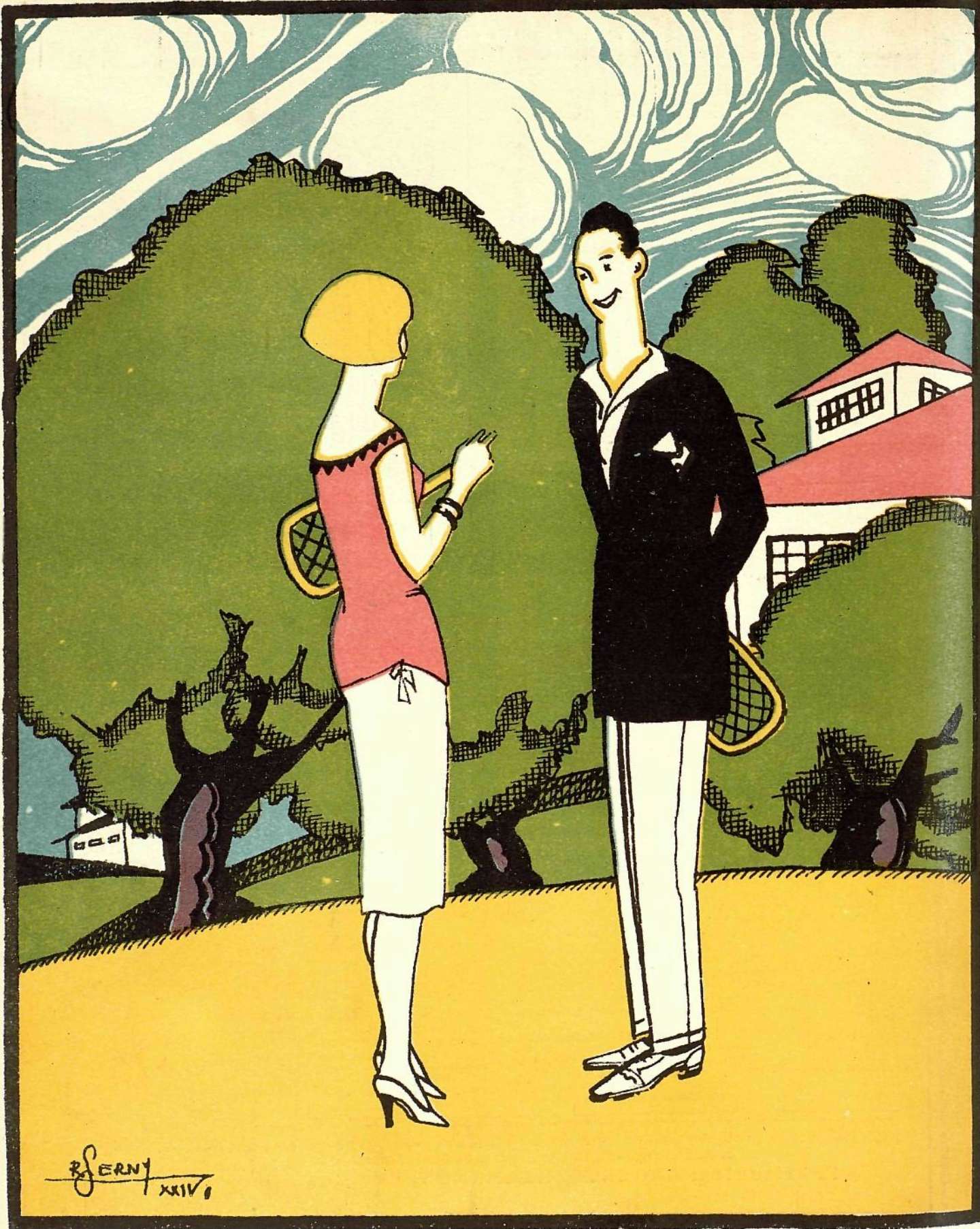
La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensiva hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. SERNY.—Madrid.

—¿Pero vas a jugar al «tennis» con la americana?
—¡No, jugaré contigo; a la americana la dejaré colgada.